

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



BLANCA STREPPONI SOBRE VI FESTIVAL HISPANOAMERICANO DE ESCRITORES: Así pasamos una semana, al aire libre, en una plaza llena de árboles sorprendentes, asistiendo a las mesas y lecturas, hablando de

literatura, de libros, de cosas muy serias y de otras banales, por el placer de compartir el simplemente estar allí, conversando con los viejos y con los nuevos amigos, todos entrañables.

FUNDADO EN 1943

Papel Literario

81 AÑOS

DOMINGO 13 DE ABRIL DE 2025

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com •https://www.elnacional.com/papel-literario/ •Twitter @papeliterario

SIGLO XXI >> SERIE QUÉ DEJARON, QUÉ ENCONTRARON

Profesores que emigraron: qué dejaron, qué encontraron

Ofrecemos en esta entrega 30 testimonios de profesores universitarios que, tras desempeñarse en universidades venezolanas, hoy trabajan en otras partes del mundo. Responden aquí a una doble pregunta: qué dejaron, qué encontraron

Papel Literario

Alejandro Varderí
De Caracas
a Illinois y
Nueva York

Este año se cumplen 40 de mi entrada en el sistema universitario norteamericano. Llegué de Caracas a la University of Illinois en Urbana, un martes 13 de agosto de 1985, con cartas de referencia de José Balza, María Fernanda Palacios y Manuel Puig, para estudiar una maestría en literatura hispanoamericana, y a la semana entraba a las aulas como estudiante y *Teaching Assistant*. Ello me permitió recibir un modesto salario dando clases, al tiempo que la universidad pagaba por la maestría.

Juan Calzadilla había conocido a Paul Borgeson, profesor de aquella institución, quien se encontraba en Caracas investigando sobre la obra de los poetas de la generación de Juan, y me animó a hacer la solicitud. Yo trabajaba entonces en las publicaciones de Fundarte, junto a Julio Miranda y Roberto Lovera de Sola, tras recibir el título de economista con una tesis sobre la inversión del Estado en el sector editorial; pero la oportunidad de estudiar en Estados Unidos me sedujo, pese a no conocer Illinois más allá de Chicago. Casualmente la compañía de Paul Taylor actuaba en el Teresa Carreño, donde conocí a David Parsons, uno de los bailarines, quien había nacido allí y me habló de la universidad y el Krannert Center for the Performing Arts, en el cual la compañía se presentaba frecuentemente.

La combinación de enseñanza, estudios y los excelentes espectáculos vistos en aquel teatro continuó tres años después, cuando New York University me otorgó la beca de la Escuela de Artes y Ciencias para hacer el doctorado en literatura y cine. Simultáneamente, di clases en la City University, Columbia, la New School y, finalmente, BMCC, el *college* de CUNY donde he sido profesor a tiempo completo desde 1994.

Ya cercano a la jubilación, rememoro aquellos años de aprendizaje y el intercambio constante con alumnos y profesores, y el balance es ciertamente positivo, pese a los altibajos propios de cualquier profesión e institución. Nada perdí al irme y mucho gané, pues para mí el país ha sido sobre todo los afectos, siempre presentes en mi imaginario, y reencontrados en los viajes de vuelta, que con el recrudecimiento de la dictadura se fueron espaciando en el tiempo. Simultáneamente gané otra manera de vivir y el estímulo constante de Manhattan, de donde obtengo la energía para seguir enseñando y escribiendo *until my time runs out*.

Arturo Serrano
Pedazos de corazón

Salí de Venezuela el 14 de noviembre de 2014 rumbo a Guayaquil. Como muchos, planeaba quedarme un semestre, ahorrar y luego regresar al único lugar que llamaba hogar: Caracas. Al llegar, me sorprendió lo familiar que me resultaba la ciudad. La temperatura, la humedad y la personalidad de su gente evocaban mi propia tierra.

Empecé a trabajar en la Escuela de Cine de la Universidad de las Artes, de la que terminaría siendo director. UArtes era una institución recién fundada, impulsada con grandes recursos y entusiasmo. Sin embargo, en ese momento era solo un nombre: carecía de equipos, autoridades y estructura. Lo único tangible eran los estudiantes, las aulas y un grupo de profesores de distintos países que compartían la misma ilusión.

Viví en carne propia lo que nos une como pueblos, porque nunca sentí que había dejado Venezuela. Me sorprendía cuando alguien me decía “bienvenido a mi lindo Ecuador”, ya que, desde el primer día, sentí aquel lugar como propio. Pero también experimenté la xenofobia y el rechazo. Los venezolanos nos habíamos convertido en una presencia incómoda, un recordatorio viviente del desastre causado por una cleptocracia empeñada en destruir lo que había costado años de esfuerzo. Un país que, aunque imperfecto, aún

representaba un buen punto de partida para construir una nación más justa y solidaria.

Con el tiempo, Guayaquil se convirtió en mi hogar. Recuerdo haber pensado que Caracas siempre ocuparía un lugar especial en mi corazón. Luego comprendí algo más profundo: no era Caracas la que había quedado en mí, sino que yo había dejado un pedazo de mí en ella. Y la diferencia es enorme, porque en el segundo caso se trata de una herida abierta que, hasta hoy, no ha cicatrizado.

Lo que nunca había imaginado era que, al irme de Guayaquil, camino a Madrid donde estaba mi familia, también dejaría otro pedazo de mí. Ahora comprendo que cualquier lugar donde echés raíces termina formando parte de ti, y tú de él. Hoy puedo decir que he dejado una parte de mi alma en Caracas y otra en Guayaquil, dos ciudades que, a pesar de sus problemas, amo profundamente y extraño con toda el alma.

Porque al final, uno no solo deja ciudades atrás, sino pedazos de sí mismo esparcidos por el mundo. Caracas y Guayaquil no son solo lugares en mi memoria; son cicatrices y latidos, heridas abiertas y amores vivos. Y aunque la distancia me separe de ellas, sigo habitándolas, así como ellas siguen habitándome.



CUNY / ARCHIVO



JARDÍN DE HUMANIDADES, UCV / JORGE ANDRÉS CASTILLO

Celiner Ascanio Barrios
Curriculum vitae
o la universidad como
supervivencia

Para muchos, la nostalgia es un lugar de encuentro con lo perdido. De ahí que comience afirmando que esta también puede ser productiva. Me ubico desde el lugar de la pérdida para contar desde la experiencia de quien dejó su carrera académica en Venezuela cuando se tornaba más productiva, y en un momento en que la idea de universidad que conocí se desmoronaba a nivel global: las universidades públicas latinoamericanas estaban siendo ahogadas económicamente, y las privadas empezaban a asentarse en una base tecnocrática y corporativista, lejos de los principios de universalidad y diversidad de lo académico. Trabajar en universidades públicas venezolanas en momentos en que se agudizaba la crisis nacional me ayudó, paradójicamente, a sobrevivir luego dentro de un funcionamiento distinto: por primera vez como docente pude ganar un sueldo digno, tenía recursos tecnológicos y de infraestructura a la mano, pero ese espacio estaba desprovisto de la crítica y la inquietud por el conocimiento que me habían formado como estudiante, docente e investigadora en Venezuela. Decidí entonces crear dinámicas alternativas que permitieran a mis nuevos estudiantes involucrarse en proyectos en los que la crítica, el pensamiento y el lenguaje fueran protagonistas: ta-

lleres de escritura, productos creativos, anteproyectos de investigación, grupos de lectura y discusión fueron algunos de mis aportes, gracias a los estudiantes. La investigación, que había tenido su fase más generadora antes de mi partida de Venezuela en 2015, continuó gracias a una institución de donde obtuve una beca doctoral que me permitió emigrar a Ecuador con un programa internacional el cual, lamentablemente, desde 2022 excluye a los venezolanos. Hoy, en mi segunda migración, seguir como investigadora independiente me permitió obtener una estancia como invitada en la Universidad Complutense de Madrid, siendo ahora profesora a distancia y *ad honorem* –“para y por honor”– de mi segunda *alma mater*, la Universidad Simón Bolívar (la primera es la Universidad Central de Venezuela). Aunque la partida de mi país está marcada por un permanente y no menos agotador comienzo, debo decir que aun con los cambios globales que transformaron a las universidades, con los tropiezos que significó pasar de lo académico a lo corporativo, con lo mucho que sigo extrañando los diálogos entre colegas que tantos proyectos de investigación dieron como fruto, no puedo decir que haya dejado la universidad venezolana; hay una huella de ella en lo que soy y que trato de inscribir en donde llego.

Cecilia Rodríguez Lehmann
El afecto de las aulas

Crecí en los pasillos de la Universidad Central de Venezuela, entre filósofos y gente de letras. Hija de profesores universitarios, la universidad fue siempre un espacio afectivo para mí. Frecuenté los jardines, la Tierra de Nadie y el Aula Magna desde muy pequeña. Las nubes de Calder fueron siempre mis nubes. Recuerdo recorrer los pasillos de humanidades de la mano de mi padre y recuerdo también esperarlo en la Escuela de Filosofía en esas oficinas de enormes ventanales que daban a un pequeño y desordenado jardín.

Allí me formé y di clases por primera vez. Aterrada, desde mi timidez irrenunciable, aprendí a pararme en la tarima del aula 201 y a hablar de literatura en esos mismos pasillos donde había crecido. Luego quise irme a hacer mi doctorado afuera y regresé años después –en ese tiempo íbamos y volvíamos– a un espacio que no me era del todo ajeno pero que me era menos familiar, el de la Universidad Simón Bolívar. Menos revoltosa y convulsa, allí aprendí a hablarle de literatura a los ingenieros, los físicos, los biólogos.

Aprendí a trabajar en espacios más silenciosos, entre jardines pensados como paisajes artísticos. Aprendí del afecto entre pares: los almuerzos entre colegas, los amigos que fui haciendo y que aun conservo, los grupos de trabajo. Allí me tocó ir despidiendo a los amigos que se iban yendo poco a poco ante la crisis de las universidades. Ya no éramos capaces de mantenernos económicamente ni de pensar en total libertad.

El día que escribí mi renuncia y acepté una plaza en la Universidad Austral de Chile sentí un duelo profundo que me llevaba hasta la infancia, sentí que renunciaba a una vida entera dentro de la universidad pública venezolana; un espacio afectivo, familiar, libre

e irreverente. En Chile encontré otras cosas, una universidad que respondía a otras lógicas, entreverada en los engranajes del neoliberalismo, aprendí de competencias, de lógicas de productividad, de rendimiento, de “necesidades de la empresa”. Ese fue el lado más duro, más difícil de llevar, aprendí también cosas más amables: a dialogar con estudiantes que tenían otras historias, a abrirme a esas historias y entenderlas. Aprendí de tonalidades afectivas más sutiles, tonos de voz mas controlados. Aprendí a ser extranjera en muchos sentidos y aprendí que desde ese extrañamiento podía construir también otras formas afectivas y aprender a andar por otros pasillos con mi hija de la mano.

PROFESORES QUE EMIGRARON >> QUÉ DEJARON, QUÉ ENCONTRARON

Eugenia Arria

La fiesta del aula

En Venezuela tuve la oportunidad de asistir a los salones universitarios desde un lugar marginal que hoy considero un privilegio: la espectadora inesperada, la niña que se cuela en espacios ajenos para saciar su curiosidad por descubrir y absorber conocimientos que solo son aplicados en el azar del mañana. Desde ese lugar, entre sombras y buracos, observaba a Elba recitar cosas sobre la literariedad, lo latinoamericano, el narrador, la identidad y otros conceptos que para ese entonces yo apenas intuía con asombro y extrañeza. En cada pausa, la profesora alzaba los brazos entrecerrando los ojos, pensativa, para luego abrirlos muy grandes, redondos, abruptos, como escuchando al aire. Las palabras de mi madre no sonaban igual en el aula de clases, los tonos y los acentos eran otros, sus gestos y movimientos también eran otros, dramáticos, teatrales. El interlocutor no era uno sino muchos, guiados y espontáneos, interpelados y auxiliados, dialogantes y meditativos, exhalantes y carcajeantes, cada cual cumpliendo un rol en ese gran regalo que es la enseñanza. ¡Aprender es una fiesta!, llegué a pensar en mi escondrijo. Poco sabía que en mi adultez iba a ser yo quien tuviera que dar clases (¿o fiestas?) de literatura y cultura latinoamericanas, no en mi país, sino en un territorio tan diferente como distante: Suecia. Me preocupaba la timidez y el desinterés participativo del alunado escandinavo, que había vivido en carne propia como estudiante en Noruega y había escuchado por mis colegas suecos en Lund. Sin embargo, gracias al recuerdo de esas clases en Maracay –mi verdadero primer encuentro con el arte pedagógica– y a mi experiencia universitaria en Madrid, sabía que la frialdad se enfrentaba con calidez, la apatía con entusiasmo y el desinterés con festividad. El primer día de clases, casi por inercia, metí cuanto *Toronto* pude en los bolsillos de mi ropa invernal. Tal vez sería una docena de chocolates venezolanos guardados y protegidos hasta llegar el momento certero. Cuando conseguí la primera intervención casi muda de un alumno, saqué de mi bolsillo un *Toronto* y lo lancé como una pelotera digna de los Tigres Aragua. La mano pálida del alumno la atajó por reflejo y, acto seguido, se escucharon risas. Así seguimos: intervención, lanzamiento, fildeo, *jout!*, más risas. En un solo día me convertí en la profesora *lanzatorontos* en los pasillos de la universidad, la venezolana que llegó a montar una fiesta del saber, a conseguir intervenciones seguras, curiosas y potentes, a despertar el interés por autores latinoamericanos en esos estudiantes supuestamente callados y adormecidos. Esta estrategia que me permitió romper el hielo nórdico, insólita en su contexto, no fue de ninguna manera por falta de seriedad, sino por un afán quizás romántico de formar alumnos libres y apasionados por la literatura desde un espacio festivo y abierto, alejado de los amargados fetichistas del conocimiento, al que siempre den ganas de volver.



UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR / KAMIZE – CREATIVE COMMON

Daniuska González González
Entre la felicidad y el dolor

Periodo de verano, julio de 2014. Una silla rota para tres horas de clases; la negativa de vender una botella de agua en Proveduría de estudiantes pues solo se contaba con tres cajas para un mes; y un sujeto apuntando mi rostro con una pistola: él no había respetado mi vía mientras conducía y le reclamé. Tres eventos que parecen superficiales, apenas rozaduras en la vida cotidiana de una profesora de la Universidad Simón Bolívar (USB) en aquel año, pero que afianzaron una decisión que ya se había fraguado: la de migrar, o, para precisar, como cubana de nacimiento, la de volver a intentarlo. La situación económica y política aplastaban colectivamente y era una docente más dentro del mapa doloroso que mostraba el deterioro creciente de la educación superior venezolana. Un dato no menor: apenas faltaba un año para presentar mi trabajo de ascenso a la máxima categoría de profesora titular.

André Gide escribió que “la gente no

puede descubrir nuevas tierras hasta que tenga el valor de perder de vista la orilla”. Así, llegué a Chile, específicamente a Valparaíso, por una invitación de la Universidad de Playa Ancha, institución pública, para crear el doctorado en Literatura Hispanoamericana Contemporánea, al que pertenezco desde sus inicios y coordiné durante cuatro años. El desafío parecía irremontable –con momentos de desaliento, confieso que muchos–, con otros tiempos de trabajo y los estudiantes con experiencias de vida diferentes a las de los alumnos de la USB: como docente me correspondió mirar de frente la pobreza, las escasas oportunidades de surgir en una sociedad donde, como el escritor Diego Zúñiga notó en una conferencia, algunos tienen el juego ganado sin salir a la cancha. En todo caso agradezco, entre muchas otras razones que extenderían demasiado este texto, el aprendizaje de la contención y el rediseño de mi camino académico.

Después de 11 años continuó revisando mi correo institucional de la USB como una profesora más de esta institución. Extraño el campus –que mi memoria protege con sobrecogimiento–, la palabra sin el peso de la sospecha (con excepciones, obviamente), y la libertad académica sin premura. No hay que temer al cliché cuando resume el único estado fiel del afecto: esta universidad siempre fue refugio, lugar donde aprendí permanentemente y enseñé, esto último quiero creer que bien por el número de estudiantes que todavía recuerda mis clases.

Si esto es posible, viéndolo con objetividad, no se trata tanto de “Cuánto gané, cuánto perdí” sino, como en la canción de Pablito Milanés, “¿Qué es lo que me ha hecho feliz?/ ¿Qué cosa me ha de doler?”, y ambas interrogantes se comparten en este presente donde, más allá de una posible metáfora y un cierre conveniente, no se borra (y feliz de que así sea) mi condición de migrante.

David De los Reyes

¿Qué dejé y qué encontré a mi salida de Venezuela?

Dejé un país devastado por un régimen militar autoritario. Una universidad prácticamente sometida a los intereses del dictamen burocrático de un Estado fallido, un país sin servicios públicos más o menos funcionando, sino en completo abandono y falta de mantenimiento. Una universidad que perdió la verdadera legitimidad de tener autonomía académica y que enfrentaba la imposibilidad de obtener salarios y condiciones dignas para docentes y empleados administrativos y laborales. (Y cuando hablo de seguridad, me refiero tanto a la salud como a la vida personal: de haber dado clases hasta las 10:30 p.m. a reducir los horarios a matutinos y vespertinos por la inseguridad en los recintos). Un país sin libertad de movimiento y expresión ciudadana, reducido a una biopolítica sistemática conferida a la búsqueda de lo mínimamente necesario para vivir. Todo ello, teniendo que aceptar vivir con un salario de pobreza absoluta que aún impera, involucionando a peor gracias a las sistemáticas devaluaciones de la moneda.

Pasé de sentir que trabajaba para una institución académica de altos niveles en investigación, docencia, actividades culturales y sociales dentro del continente, a dejar de serla casi por completo. Si sigue existiendo esa universidad es, sobre todo, por la mística y devoción estudiantil, docente y administrativa de quienes hoy todavía la habitan y obstinadamente se atienen a ella por un deber moral.

¿Se puede decir algo de las relaciones intersubjetivas que hoy se imponen entre los límites de la UCV? Sí, el miedo, la represión, la mediocridad, el colapso institucional, la criminalidad, el asalto, el atropello contra el saber crítico, lúcido y creativo. Y, a pesar de todo eso, aún encontramos en ellas el germen de la resistencia, de la resiliencia, de cierta esperanza a través de las venas de la juventud que acude con la esperanza de forjarse una profesión, un saber, un hacer para sus vidas y para un país que los abandonó a su suerte.

En relación a lo que encontré en el país que me acogió puedo afir-

mar que la Universidad de las Artes (UArtes-Guayaquil/Ecuador) es una de las instituciones universitarias actuales dedicadas a las artes, con un alto nivel tanto de su personal académico como administrativo, donde se imparte formación en todas las disciplinas artísticas por las que quieren transitar las nuevas generaciones, con un conjunto de docentes nacionales y extranjeros de alta formación. Ella nos ofrece un ambiente de solidaridad, reconocimiento, creatividad y emprendimiento, con la libertad que se espera de cualquier espacio académico de alto nivel, dentro de una sociedad que mira hacia el futuro sin perder su memoria y aspirando a seguir trascendiendo con su espíritu en un presente lleno de incertidumbres. Y, por si fuera poco, he podido seguir con mis proyectos tanto personales como artísticos e investigativos, en mi campo del conocimiento teórico y práctico de la filosofía y la música, entre otros. Simplemente eso... que es muchísimo en estos tiempos no solo de cólera sino de dictaduras...

Froilán Ramos Rodríguez

¿Qué dejé?

Al salir del país, pensaba que iba a ser un período acotado, es decir, ir a hacer un doctorado y volver al trabajo en la Universidad Simón Bolívar (USB). Lamentablemente, la situación del país se fue deteriorando cada vez más. En aquel momento, dejé un cargo como profesor de planta en una universidad de prestigio (la USB), que había obtenido por concurso, y tuve que dejar una carrera interrumpida.

Igualmente, dejé colegas y amistades, por los que guardo respeto y admiración por su dedicación al trabajo silencioso de enseñar con vocación. Obviamente, también dejé familiares, a los que no he podido abrazar en años, y solo con la ayuda de videollamadas he podido volver a ver a la distancia. Otros contemporáneos de mi generación también tuvieron que emprender nuevos destinos ante las creciente limitaciones en todos los ámbitos, y están diseminados por el mundo.

A inicios de 2013, dejé una Venezuela, que había sido una nación generosa con todo los que emigraron desde Europa y América Latina en el siglo XX, pero que en esa fecha se hallaba sumida en una alta polarización, luchando por su libertad y un cambio. La pluma fría del historiador rara vez tiene espacio para describir esa sensación de tensión, e inquietud.

¿Qué encontré?

En Chile, tuve la oportunidad de seguir estudiando a nivel de postgrado, de continuar mi carrera académica al trabajar en varias universidades chilenas, y de poder investigar académicamente en libertad casi cualquier tema. Esto me parece sumamente importante, desde el punto de vista intelectual y humano, la sensación de libertad en el trabajo de *pensar* y de *ser* como ciudadano que puede votar libremente y en democracia.

En el plano profesional, el reintegrarme al mundo de la universidad en Chile, ha sido de un continuo aprendizaje, con un ritmo y conexiones internacionales mucho más dinámico y activo que el que había conocido antes. Los desafíos globales se perciben mucho más acelerado, casi en la inmediatez.

Desde una perspectiva personal, me he sentido afortunado en conocer y cosechar la amistad de colegas y profesores chilenos talentosos, a los que admiro, y que han sido nobles en compartir encuentros gastronómicos (como en fiestas patrias), y gratas tertulias. Se trata de amistades que han perdurado desde mi llegada hasta el día de hoy.

Chile ha sido un país amable al que agradezco mucho por todas las oportunidades profesionales y personales que me ha brindado. Chile es también mi hogar, y nunca me he sentido ajeno aquí.



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES / ARCHIVO

Claudia Cavallin

Como descendiente de una familia inmigrante italiana, nacida en Venezuela, y madre de un par de valiosos estudiantes que se arraigan al país donde no nacieron, los Estados Unidos, he encontrado un equilibrio en ese imborrable andar entre tres nacionalidades, tres idiomas, tres identidades aferradas a la memoria ancestral. Por quinta vez, soy profesora en una universidad pública, aunque nunca he querido dejar atrás mis

contactos con la Universidad de Los Andes, la Universidad Simón Bolívar, la Universidad de Salamanca, la Universidad de Oklahoma y ahora, con mi estación final: Oklahoma State University. En un viaje académico, mudándome de un espacio a otro, he encontrado el tejido de la enseñanza que nunca se pierde, pues la experiencia siempre anima a que las clases se conecten más allá de los idiomas. Aunque fui una de las

profesoras más jóvenes en ganar un concurso de oposición hace décadas atrás, llevo siempre la ansiedad de ese “empezar de nuevo” para seguir apoyando la docencia. Conmigo ha viajado siempre el universo de los recuerdos, de los anhelos, muchas veces, de los sueños. Si me atrevo a mencionar alguna cosa material que me ha dolido dejar atrás, obviamente los libros. ¿Otros objetos repletos de páginas? Las tesis de mis estudiantes.

¿Algunos relatos sin palabras? Los cuadros por múltiples fotografías que ilustraron las paredes de los sitios donde nací, crecí, viví. ¿Algo más humano y sensible, que mis cinco sentidos añoren? El olor de las montañas de Los Andes. El aletear de las guacamayas y sus colores en El Ávila. El sabor del aguapanela, que aprendí a llamar papelón con limón en Caracas. ¿Qué ha sido lo más difícil? No haber podido despedirme de mi abuela, ni de mi padre, antes de sus muertes; ambos profesores universitarios, con quienes mantuve un contacto geográficamente distante, y so-

bre quienes he escrito algunos textos breves. Pienso que la escritura abre puentes, más ahora que podemos compartirla en un mundo sin límites ni fronteras, más virtual y activo. Partiendo de ello, cierro con la mención de un lado positivo: he aprendido “a volver”. Creé un curso de postgrado llamado “Periodismo y Literatura: La escritura dispersa entre las fronteras de América Latina”, a través del cual viajó a mis raíces. Mi área de investigación es migración. *Relatos de resistencia: crónicas venezolanas, crisis política y estado de excepción en Venezuela (1992-2021)* fue mi tesis doctoral.

PROFESORES QUE EMIGRARON >> QUÉ DEJARON, QUÉ ENCONTRARON

Geidy Querales
Indispensables

La vocación no es algo que se pueda dejar cuando se migra: forma parte de lo que cada quien es. La vocación viaja con una; algunas veces, incluso, certificada y con una apostilla, la de La Haya, que siempre anima a la esperanza de un exitoso futuro profesional y personal. Sin embargo, suele pasar que, ya en el nuevo hogar, no se logran pagar las nuevas facturas de la cotidianidad con la vocación apostillada. Te lo hacen saber visas –para un sueño–, leyes, decretos –reales–, trámites varios y surreales, oficinas con sus funcionarios (in)dispuestos, tasas, homologaciones, ¡las miles de horas que se pierden intentando hacerse con una cita online!, también, alguna mirada, algún comentario “sin intención”... Es, tal vez, el llamado insistente de otra vocación, una primaria, orgánica, immanente: vivir. Entonces, se guarda la vocación apostillada en la cajita de los primeros auxilios, junto a las medallitas y novenas de santos y vírgenes que también migraron con una. No hay mejor lugar, porque vocación apostillada, medallitas y novenas tienen

en común ser símbolos de fe, bálsamo que tampoco se deja al migrar. Si me preguntan, pues, qué se lleva una cuando migra, diría que la vocación, apostillada o no, y la fe. Lo que se encuentra, en el plano personal o profesional, es relativo. Yo soy docente de vocación apostillada y, también, becada (varias veces); vivo en España desde hace más de 15 años y durante estos años, muchas veces, he escuchado el llamado –a gritos– de esa otra vocación: vivir. Ese llamado me ha guiado hacia/por caminos profesionales que no conocía, por los que nunca hubiera andado, mas era inevitable no ir por ellos. Hoy sé que eran tránsito, como la vida misma lo es. Hoy, empatucada de fe, escucho el llamado de la vocación apostillada que me habla de la lengua española, de su palabra, y de cómo enseñarla. Enseño, guío. Doy clase a criaturas cuya vocación adolescente juega al baloncesto; criaturas fascinantes que, sin tener idea, me hacen saber que aquel equipaje que no pude dejar era el necesario: los indispensables para mí.



FACULTAD DE HUMANIDADES (ULA) / VENEX – CREATIVE COMMONS

Jonatan Alzuru Aponte
El aforismo

“Dejé un tajo de piel en el asfalto, unos caracoles, un rosario tejido en un arbusto, un pliegue de arena en el desierto, una rústica biblioteca... con libros... hastiados... desgastados... de palabras... el inútil ensayo a medio terminar y el canto de Ismael Rivera derretido entre escorpiones”.

Eso escribió después de una larga meditación. La hizo según el ritual. Sentado como un buda, centrado en la nada y degustando la sencillez del estar –valga decir que así fue la descripción del psiquiatra (buen amigo que quizás se perdió entre los laberintos de Jung) cuando le consulté sobre el contexto de aquel aborto de escritura que presentó al periódico dominical nuestro compañero común.

Les cuento. Leí un par de veces aquellas imágenes y no comprendí ninguno de los sentidos. Aunque no soy crítico literario, debo confesar que para mí gusto carecen de vocación poética. Y, en términos objetivos, tampoco aludían a la tarea encomendada. Por eso le consulté a mi amigo, el psiquiatra, quien es culto, tiene quince años tratándolo y solo me describió el performance budista, pero no me dijo nada con relación al texto.

¿La verdad? Algunos de sus ensayos, pocos para ser sincero, me han gustado. Pero tenía una morbosa curiosidad. Quería leer ¿cómo un lobo estepario como él experimentó el desgarramiento del exilio?, ¿qué dejó en nuestra patria?, ¿cuáles han sido sus novedades? Al no saciar mi inquietud, decidí llamarle. Después de los rituales usuales, la familia, el clima, el trabajo, el acon-

tecer nacional, le pregunté a rajatabla: —¿Qué idea querías transmitir con ese —pensé un par de segundos, un sinónimo de aborto, para no lastimarlo y continué — aforismo?

Hizo silencio. —Espera un minuto —dijo.

Hay silencios que saben a muerte. Por eso el tiempo se me hizo eterno. Habían pasado tres minutos cuando escuché:

—Fragmento ciento cuarenta y seis de la sección cuarta, “Sentencias e interludios”, del libro *Más allá del bien y del mal*, de Nietzsche. Te leo: “Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, también este mira dentro de ti”. ¿Quieres que te diga algo más? ¡Gran carajo! —gritó exaltado.

Quedé mudo. Él también. De pronto soltó una carcajada y en esa congestión circense percibí que balbuceaba algo de las lamentaciones y el muro. Creí que era humor negro sobre los judíos y le increpé para que lo dijera sin reírse.

—Religiosísimo el muro de las lamentaciones, el de Berlín. ¡Esa mierda que todavía tienen en la cabeza!

Fue tan agresiva la forma como lo dijo que no atiné a preguntarle más, aunque no supe a qué se refería. Y estaba molesto por el incómodo diálogo al estilo Ionesco. Nos quedamos un rato ausentes, él dijo chao y trancó.

Nota de Alzuru: Encontré la anécdota en un basurero de Valdivia. Lo transcribí por curiosidad y decidí publicarlo. Disculpe si perdió su valioso tiempo leyéndolo. ¿La verdad? Es prescindible.



UNIVERSIDAD DE MONTREAL / UMONTEAL.CA

cia, de volver a la Simón Bolívar para dar clases de Teoría Literaria en el postgrado de Literatura Latinoamericana. La USB y los alumnos parecen un mosaico en la pantalla de la computadora. Puede sonar iluso, pero en estos tiempos, ese mosaico también es universidad.

Dejé mi casa –con dolor–, y se impuso la distancia. Dejar una casa es también llevarse sus palabras, las que la hicieron posible. Pero no es que el irse se las haya llevado, como un arrebato, sino que al irme ellas se vinieron conmigo. Me llevé los libros que durante ese período se apilaron

en mi biblioteca. Ese material, real y simbólico, me ayudó en los años en que di clases en la Universidad de Montreal por cinco años, y ahora en la Universidad de Oklahoma, el destino de mi segunda migración. La nostalgia está siempre presente, no se borra. Cada día pienso en el país que dejé. Pero cada día también lo hago presente cuando en una clase de Novela Latinoamericana del s. XX, leemos *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez y *Lluvia* de Victoria de Stefano; y en las de español cuando les digo a los alumnos “aquí van a aprender español... y algo de venezolano”.

Gregory Zambrano
Mis maestros migrantes

Como estudiante universitario tuve el privilegio de contar con un nutrido grupo de profesores provenientes de distintos países. Habían recalado en la bucólica Mérida para ofrecer en la docencia lo mejor de su experiencia humana y creativa. Los escuchamos hablar de sus tierras dejadas atrás, sus bibliotecas, afectos y nostalgias. Celosamente guardaban la esperanza del retorno. La universidad nos abría las puertas para darnos una valiosa oportunidad: formarnos y seguir lo que para muchos representaba una vocación.

Un profesor argentino, nos hablaba apasionadamente de Homero y de la guerra de Troya. Una profesora española nos contaba anécdotas de sus clases con Algirdas Greimas en la Sorbona. Un maestro uruguayo, director de orquestas, nos hablaba del arte musical y nos invitaba a los conciertos. Una pareja de italianos daba clases y también regentaba una *trattoria* de sabores inolvidables. Como tantos otros, ellos llevaron en sus equipajes los saberes acumulados, las experiencias vividas y las compartían con generosidad. Eran nuestros profesores y también eran nuestros amigos. Transmitían sus conocimientos, escribían, publicaban sus artículos y libros, y no perdían las conexiones con sus respectivos lugares de origen. En mis estudios de posgrado tuve también el privilegio de tener como profesores a catedráticos migrantes, asimilados a la dinámica cultural mexicana.

Fueron maestros de vocación, ge-

nerosos y nos despejaron horizontes. No sospechaba entonces que un día tendría que hacer mis maletas para recalar en lejanas tierras, descubrir otros paisajes, otra lengua y visiones del mundo tan distintas y ajenas.

En cualquier recomienzo es importante mantener un hilo invisible conectado a la gente y a la tierra dejada atrás. Migrar ha significado para mí llevar y mantener la vocación a prueba de fuego. Ser maestro de vocación tiene sus ventajas, pues nos hace resistir, superar los retos y mantenernos fieles a ella. En la medida en que logramos insertarnos podemos dimensionar el privilegio de enseñar, en mi caso, la lengua española, la literatura venezolana y latinoamericana. Muchos de mis alumnos en Japón no solo aprenden español, leen obras literarias y cantan con la música venezolana.

Después de tantos años, recuerdo con gratitud a todos mis maestros, y muy especialmente a mis maestros migrantes, los que me formaron en la Universidad de Los Andes y en El Colegio de México. Ahora por múltiples razones, algunos de mis alumnos son también maestros migrantes. Me escriben, me piden algún consejo, recuperan anécdotas, o me preguntan por autores y lecturas. Eso me hace revalorar aquellos años vividos intensamente en la academia venezolana. Evoco con frecuencia mi ciudad, esculco mis libros resguardados entre la neblina y vuelvo al país a través de la literatura. Es el puente que une las dos orillas de mi existencia.

Simón Bolívar.

En la USB empezó todo. Los estudios de literatura, luego la enseñanza en los cursos de lenguaje. Allí encontré profesores y colegas que son ahora mis amigos. Pero lo más importante, encontré el significado de la docencia: no decir qué ver sino abrir la posibilidad de ver diferente-mente, construir una comunidad de lectores, atravesar juntos una lectura difícil, aprender a apreciar las palabras que hacen nuestro mundo. En la USB aprendí a ser profesor. Y lo que se aprende inevitablemente se transmite. He tenido la suerte, en la distan-

Humberto Medina
Dejar la casa y llevarse las palabras

Libros. La imagen que primero me viene a la memoria cuando vuelvo a la primera migración es la de mis cajas de libros en la sala de mi nuevo apartamento en Saint-Basile-le-Grand, un pequeño pueblo a unos 20 minutos de Montreal. Libros de literatura venezolana que conectan cada etapa en mi carrera de profesor, porque son ellos los que dan forma a mis clases. Llegué a Canadá en 2014 para hacer mi doctorado en la Universidad de Montreal, allí me reencontraría con un salón de clases después de dejar Venezuela y mi siempre recordada Universidad

Gisela Kozak Rovero

Lo que he visto y lo que no veré

Muchos años después del fin de la revolución, una investigadora científica de la Universidad Central de Venezuela ganará el premio internacional más importante del mundo en su especialidad por su trabajo en favor de las energías limpias, un esfuerzo colectivo mundial que dejó al petróleo y al carbón definitivamente atrás. Sus cuatro idiomas, aprendidos a lo largo de su escolaridad formal, le permitirán agradecer el premio en español, inglés, mandarín y una lengua de los pueblos originarios, aunque puede desenvolverse en cualquier idioma porque será una *cyborg* y la inteligencia artificial derribó hace tiempo las barreras de este tipo con un traductor universal conectado de modo neuronal. El Aula Magna, más bella que nunca, estará repleta de público y millones de personas escucharán las palabras de la premiada alrededor del mundo como si ella estuviese allí, en cientos de escenarios y hogares.

En su discurso de recepción del premio citará en su idioma original a Yuk Hui, Martin Heidegger, Rossi Braidotti y Hannah Arendt, además de a otros pensadores que todavía no han nacido. La ciencia y la tecnología son a la humanidad lo que la poesía a la literatura, proclamará con su elegante voz de acento caraqueño, la voz de un pensamiento estructurado, la voz de quien nunca ha transigido ante la vulgaridad, la ramplonería, la falta de imaginación y la pereza. La voz, en fin, de una mujer que se educó en una de las mejores universidades de la región, levantada con el saber de investigadores nacionales y extranjeros que se asentaron en Venezuela luego de la revolución. En su discurso, la ganadora recordará el fin de la división de las ciencias y las humanidades del que ella es una un digno ejemplo. Hará alusión a la languidez intelectual de los ideólogos, la polilla del conocimiento que casi acaba con las humanidades y las ciencias sociales convirtiéndolas en consignas. Se congratulará de que la tecnología ya no produce la adicción a la dopamina que causaba un antiguo artillugio llamado teléfono celular. Mencionará con contenido ironía la necedad de los dueños de las tecnológicas en el pasado con su empeño en sustituir al ser humano, por no hablar del letal e insulso impulso de convertirlo todo en dinero cuando la creatividad es también el cultivo de lo gratuito.

Yo no estaré allí, pero la libertad es pensar lo que no existe, recordando a la autora de *Los orígenes del totalitarismo*.

PROFESORES QUE EMIGRARON >> QUÉ DEJARON, QUÉ ENCONTRARON



KATHOLISCHE UNIVERSITÄT DE EICHSTATT / ARCHIVO

Laura Margarita Febres

No ha sido fácil

Salí de Venezuela en el 2018 después de una carrera docente, con mucha vocación en aquel entonces, que se inició cuando aún era estudiante de la carrera de Letras en los colegios privados de Caracas en 1976. Me gradué como licenciada con la tesis, que hoy es un libro *Perspectivas críticas sobre la obra de Teresa de la Parra*. Dirigida por Jesús Olza S.J. con quien conversé ayer acerca de nuevas novelas venezolanas publicadas por autoras sobre la migración, para cuyo análisis me ha sido fundamental la obra de esta autora venezolana migrante que vivió en París y murió en Madrid en 1936. Hablamos también sobre un artículo en alemán que le envié y que no entiendo, porque no he podido aprender aún la lengua del país que me ha acogido como investigadora. El artículo versa sobre el último proyecto que realizo en la Katholische Universität de Eichstätt titulado *Espacio, tiempo y género en la narración de mujeres migrantes venezolanas en América Latina en el siglo XXI* con la profesora Miriam Lay Brander en el Departamento de Romanística financiado por la DFG.

Empiezo por el final porque no me imaginé que iba a tener que trabajar fuera de Venezuela y que un país como Alemania iba a estar interesado en mis investigaciones literarias y de pensamiento. Llegué aquí primero con la beca Philipp Schwartz-Initiative y luego nos ganamos el proyecto en la Fundación alemana para la investigación. Pero como decía Oscar Yanez, “así son las cosas”. Las cosas son tan inciertas que

perdí a mi hija, mi esposo, compañeros de trabajo y mis libros en este camino migratorio, para contarles rápidamente que no ha sido fácil.

En el año de 1981 inicié el postgrado de Literatura Latinoamericana Contemporánea en la Universidad Simón Bolívar. En el 83 empecé a trabajar en la carrera de Letras de la Universidad Católica Andrés Bello como profesora suplente de Literatura Venezolana y Latinoamericana. Recuerdo en aquellos años especialmente a mis alumnos de la Escuela de Letras y las tutorías sobre el pensamiento latinoamericano con el profesor Arturo Ardao en Sartenejas y en Parque Central, exiliado de la dictadura uruguaya, que culminaron en dos libros, *Pedro Henríquez Ureña. Crítico de América y Transformación y firmeza. Estudio multifocal de Pedro Henríquez Ureña*.

En el año de 1986, entré a enseñar en la Universidad Metropolitana como profesora de pensamiento venezolano, entre otras materias. Allí trabajé treinta y un años. En los años noventa inicié el doctorado en Historia. Me encontraría entonces en mi camino con el profesor Federico Brito Figueroa y con el Dr. Ramón J. Velásquez que me aconsejaron el estudio de Mario Briceño Iragorry para mi tesis doctoral, estudio que compartí con mis alumnos por muchos años y culminó con el libro *La historia en Mario Briceño Iragorry* publicado por la Universidad Metropolitana. Escribí también varios artículos sobre Arturo Uslar Pietri que creo influyeron en

mi entrada en la Academia Venezolana de la Lengua en el 2016 al sillón letra C.

En el 2018, con mi sueldo de profesor a tiempo completo en la Universidad Metropolitana, no me era fácil mantenerme. Tampoco teníamos las mismas oportunidades para salir a congresos de investigación en el exterior a compartir nuestros hallazgos porque el valor del bolívar se había evaporado.

Por eso decidí aplicar a una beca en la Universidad de Alcalá patrocinada por Scholar Rescue Fund, quienes después de analizar los documentos que les mandé sobre las distintas vicisitudes docentes que había pasado en las marchas que se organizaron de protesta contra el régimen de Nicolás Maduro de las cuales me vienen a la mente ahora: la muerte de Juan Pablo Pernalet (2017) a raíz de la cual se lanzaron bombas lagrimógenas a la Universidad Metropolitana como si fuera un campo de batalla y la protesta en la Clínica Metropolitana (2017), que a pesar de tener la bandera de la Cruz Roja izada, igualmente éramos atacados por los policías.

En Europa he dejado de enseñar a tiempo completo, me he dedicado a la investigación de la novela femenina de la migración. Tengo en mi haber dos libros, uno publicado por la Universidad Metropolitana, *Identidad femenina y memoria migratoria en la novela española del siglo XX* y otro, inédito: “Entre la novela transcultural y la autobiografía: Ensayos sobre mujeres emigradas a la Unión Europea en el siglo XX y XXI, 2025”.

Luis Ricardo Dávila

Artífice de mi aventura, academia sin fronteras

sine ira et studio
Tácito, Cayo Cornelio, *Anales*

Lo que sigue obedece a una doble petición. En su origen está la gentil invitación de los amigos del *Papel Literario* a dejar un mínimo testimonio que muestre a sus numerosos lectores las muchas sensibilidades de esa realidad difícil pero también auspiciosa que significa el desplazamiento geográfico impuesto por una cruda y ruda realidad en el país natal. Luego está el ánimo de contribuir a la serie editorial *Profesores que emigraron: qué dejaron, qué encontraron*. Con esto en mente, no queda más que excavar y recordar.

-I-
Mi vida intelectual ha estado estrechamente vinculada a las instituciones de educación superior. Ahora bien, si estamos unidos por esa institución que se llama universidad, pero todavía unidos más profundamente por los mismos mitos, por los mismos temas que nos gobiernan, por una misma ideología vivida espontáneamente, acaso lo más importante de este desplazamiento académico sea reconfigurar la experiencia para dar cabida a nuevas líneas de indagación y a nuevas formas de subjetividad pedagógica. Si antes, en la universidad venezolana (ULA), esta línea estuvo definida por la observa-

ción de las formaciones discursivas y de los imaginarios nacionales, la academia norteamericana (UC-Berkeley, Harvard, Columbia) nos posibilita ampliar el trabajo a la intersección de variados y novedosos discursos. En estos 10 años, hemos interrogado diversos hechos discursivos políticos, culturales e históricos, siempre bajo la premisa: hacer historia con sentido de presente. Se trata del interés que tengo en el hecho del discurso, en el hecho de que vivimos en un mundo de palabras y cosas que son o fueron dichas, y que determinan de una cierta manera aquello que puede decirse después. Ya es sabido: la palabra es el primero de los actos.

-II-
En otro tenor, estoy persuadido de que el orden de los discursos, la reflexión histórica, la práctica de investigación científica no pueden ser disociadas de las condiciones institucionales de su producción, de su circulación y de su transmisión. De esto forma parte el uso de las grandes bibliotecas norteamericanas (The Library of Congress, la Bancroft, Widener, Butler o la New York Public Library), cuyos contenidos facilitan excavar el inventario de la producción intelectual humana. Desde la madurez de mi aventura, me pregunto hasta qué punto inves-

tigo, enseñe y escribo para cambiarme a mí mismo y no pensar de la misma forma que antes. Esto se me hace palpable en el desplazamiento universitario. Acaso la docencia no sea más que un medio de enunciación de un discurso. Al menos es el oculto deseo que cultiva toda persona que enseña, investiga y escribe. Se enseña a los otros. Pero lo que se investiga o escribe no es ni para los otros ni porque se es lo que se es: se enseña, investiga y escribe para ser otro. Hay una modificación del modo de ser que se logra a través de la institución universitaria.

-III-
No me queda más que agradecer a las autoridades y colegas de las diferentes universidades por darme la oportunidad de dedicarme a tiempo completo a llevar a buen puerto mis investigaciones y poder enseñar y propiciar sus hallazgos. Siempre *sine ira et studio*, según la hermosa sentencia que alimenta mi intención de tratar tanto los hechos como la experiencia histórica sin amargura ni parcialidad, pero sí ateniéndome a los documentos que no son más que fragmentos de lenguaje que van dejando sus marcas de cosas dichas, de afirmaciones, de interrogaciones y discusiones que sucedieron, que habitaron este mundo y que aún lo habitan.

Juan Horacio de Freitas

La natural pedantería venezolana

Ha pasado más o menos una década desde la última vez que impartí clases en Venezuela, y debo confesar que, al menos en tanto que docente, no siento aún que haya dejado algo relevante que no consiguiera en el extranjero, así como tampoco afuera encontré nada que no tuviera en mi terruño. Es verdad que guardo el deseo de volver a dar clases en la institución que me formó como profesional de la filosofía, pero tan solo por un sentimiento de deuda aún no lo suficientemente saldada con los maestros que conforman dicha institución en Caracas. Pero no hay en mí rastro alguno de patriotismo que me hale de vuelta, así como tampoco ningún filocosmopolitismo ni, aún menos, endofobia que me aparte. Ni nostalgia ni entusiasmo aventurero, ni Ulises ni Gulliver, sino una flemática y feliz continuidad en el interior del ejercicio pedagógico, tal como si la docencia fuera ella misma una patria, al mismo tiempo portátil –como el texto sagrado de los judíos– y utópica –como la isla de Zurrón (esa mochila de viajante) de los cínicos. Habrá quien me diga que esta indiferencia territorial se debe a que no estuve mucho tiempo ejerciendo la profesión en mi país de origen, por lo que no eché raíces; y algún otro me dirá que se debe a que una ascendencia y pasaporte europeos difuminan las di-

ferencias; y seguro que no se equivocan, pero creo que no es suficiente para explicar la cuestión. Hay algo más fundamental, que además me concierne no en tanto descendiente de madeirenses, sino en tanto nacido y criado en la tierra de Simón Rodríguez y Andrés Bello; me refiero, sin ánimos de provocar, a la *natural pedantería venezolana*. Aunque no soy ingenuo respecto a la connotación peyorativa del término *pedante*, aquí no hago sino tomarlo lo más cerca posible de su articulación etimológica, que ostenta a la vez el caminar y la enseñanza, o sea, una errancia pedagógica. El quehacer del docente venezolano parece destinado a este vagabundeo, al destierro o al mero nomadismo, maldición y bendición esta que cargamos desde la aurora de la República como si fuera una marca de distinción. Ya se habrá percatado el lector de que la mención hace un momento de los dos grandes próceres de la educación en Venezuela no fue en balde: figuras errabundas, una que hizo del mundo patria –que es no tener ninguna– y la otra apropiada fuera de la suya; ambas viajantes para permanecer en la enseñanza, que es su tierra más próspera; ambas enterradas fuera del país del que brotaron. Somos sus hijos, y lo digo con toda la pedantería del mundo.



UNIVERSIDAD MONTEÁVILA / NUCLEO DE DECANOS – FLICKR

José Rodríguez Iturbe

Paralelamente a mi vida política, había sido profesor universitario desde 1966, UCV. Para fines de 2004 era decano de Derecho de la Universidad Monteávila. Con el desgarré existencial que supone todo exilio, desapareció la convivencia habitual con amigos con quienes compartía que-rencias desde la adolescencia. Tenía entonces 64 años. Familiar, profesional y políticamente no hubo ruptura de afectos. Pero las circunstancias impusieron una reingeniería que, en el comienzo de la vejez, quien lo haya vivido sabe que no es fácil.

Pienso que hasta que salí mi vida había sido principalmente política y secundariamente académica. Aquí mi vida ha sido plenamente académica, aunque mi atención personal de la situación de Venezuela nunca se haya visto menguada. Fui becado del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la UCV para la formación de personal docente y de investigación. Cuando regresé con mi doctorado en Filosofía del Derecho y comencé a dar clases en la UCV tenía 26 años. Nunca pensé que tendría que establecerme forzosamente fuera del país. La plena reinserción en la vida académica ha sido todos estos años un remanso intelectual y afectivo. También ha tenido algo de terapéutico: me parece que la in-

tensa dedicación universitaria ha contribuido a mi equilibrio mental. Además de ganarme el sustento en tierra extraña, he gozado como nunca de la alegría de enseñar. Eso solo puede comprenderlo plenamente quien tenga vocación docente. En la vida académica uno da y recibe. El cariño y agradecimiento de los alumnos vale más que cualquier salario. Y eso lo viví en Venezuela y he vuelto a vivirlo aquí.

Junto al choque por el cambio repentino y no deseado, gracias a Dios encontré en la universidad donde trabajo desde hace dos décadas un ambiente humano y académico que resultó (y resulta) no solamente un bálsamo, sino un estímulo. Si Dios me da vida, cumpliré en septiembre 85. Más de la mitad de mi producción académica ha sido publicada durante estos años. Estoy muy agradecido por el afecto y la amistad de mis colegas profesores y de mis alumnos. Nunca he sido víctima de xenofobia y siempre he recibido muestras de amistad y respeto.

Junto a la siempre viva ilusión por volver (le pido a Dios la gracia de morir en la patria), uno está siempre con un *doppio binario*, como dicen los italianos: pensando en lo que está allá y en la realidad de lo que tengo aquí.

PROFESORES QUE EMIGRARON >> QUÉ DEJARON, QUÉ ENCONTRARON

Luz Ainaí Morales-Pino
Casas fuera de casa o enseñar literatura como potencia

La mayor parte de mi carrera docente ha transcurrido en el extranjero, entre los Estados Unidos y, sobre todo, el Perú, donde resido desde hace diez años. Así, resulta más fácil responder a la pregunta por lo que he dejado desde la reflexión sobre lo encontrado o aprendido al desempeñarme como profesora de literatura fuera de Venezuela.

Apertura, perspectiva y comunidad resumen lo aprendido o, más bien, ganado, en este proceso. La apertura al estudio de otras tradiciones literarias, textos, voces y autores, muchas veces por cierta rebeldía que me llevaba a evitar cualquier correlación entre nacionalidad y objeto de estudio y, también, a reafirmar que podía especializarme en campos distintos al que me sería, de alguna manera, natural (lo que resultaba, además, necesario para abrirme camino como docente en otras latitudes). De hecho, antes de imaginar que viviría en el Perú me fui especializando en la producción literaria y cultural de este país, particularmente, de sus escritoras del siglo XIX y el temprano siglo XX. Autoras como Mercedes Cabello, Clorinda Ma-

tto o Aurora Cáceres fueron un gran puente de encuentro. He ganado perspectiva al aprender a ponderar, desde la literatura y desde las realidades tan diversas de las y los estudiantes; al igual que de las lecturas que hacen de los textos, que la crisis, el dolor, la precariedad, la incertidumbre no son asunto exclusivo de nuestro vapuleado gentilicio, sino que, más bien, han sido y siguen siendo la constante de otras naciones y, en especial, de ciertos grupos sociorraciales. También he ganado algo sumamente valioso: la conciencia de la posibilidad de forjar una comunidad en cualquier lengua o coordenada geográfica y, en ese sentido, la potencia creadora de la literatura y su enseñanza. La literatura es una herramienta privilegiada para crear casas fuera de casa y hallar, al mismo tiempo, resquicios para la esperanza.

Lo que he dejado son mis estudiantes de la Universidad Simón Bolívar: una generación de jóvenes que, en medio de la crisis, optó por continuar su formación con terca determinación. Las redes nos permitieron, sin embargo, mantener contacto y, sobre

todo, apoyar u orientar cuando fuese necesario.

Lo dejado y recuperado ha sido la literatura venezolana con la que, por un tiempo, estuve un tanto distante dadas las mismas dificultades que enfrenté para hacer carrera en el país. La literatura ha sido también un camino para la reconciliación y el propio (re) conocimiento. Desde la enseñanza de escritoras y críticas venezolanas en mis clases (Virginia Gil de Hermoso, Teresa de la Parra, Elisa Lerner, Susana Rotker, Paulette Silva Beauregard), pero, también, desde la enseñanza de los escritores (José Rafael Pocaterra, Rafael Cabrera Malo, Tomás Michelena) he podido hallar caminos para reencontrarme, en especial porque reconozco en muchos de estos autores y sus textos una condición periférica estructural que me resulta muy cercana: en esa periferia radica la libertad que, de una u otra forma, detentamos y que es la base de nuestra potencia. Así, enseñarlos afuera y llevarlos en mis derivas es apostar por esas casas fuera de casa, pequeñas islas o querencias, en las que, como diría Molloy, hallamos reparación y regocijo.

Luz Marina Rivas

Nunca dejé del todo a la Universidad Central de Venezuela cuando emigré a Bogotá en el año 2012. El lazo con mi alma mater es irrompible como un hilo de plata, pero sí dejé sus hermosos espacios y dejé de ver y abrazar físicamente a tantos colegas y estudiantes, ya amigos para siempre. Me traje a mis tesisas, aunque no físicamente, y pude seguir con ellos vía internet. Desde mi llegada, gradué a ocho ucevistas: tres doctoras, tres magísteres y dos licenciados. Pronto habrá un magíster más. Continué formando parte de comités de postgrado y evaluando proyectos *ad honorem*. Esto no lo entienden mis colegas colombianos, pero hay una razón para este apego. Cuando tuve el privilegio de ser la directora del postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, descubrí que 52 profesores jubilados trabajaban *ad honorem*, coordinando programas, dando clases, asesorando trabajos, investigando. Lo hacían porque sí, por amor a una universidad que les había dado todo y que ya no tenía recursos para sustituir a quienes se jubilaban. Pude hacerles un pequeño homenaje simbólico de botones y diplomas, pero mi admiración era mucho más grande. Recibí de ellos una lección de amor y compromiso que no olvidé cuando me fui, a pesar de las muchas dificultades que tuve que afrontar en nuevos ambientes académicos con otras culturas de trabajo, sumadas al trauma que de por sí implica la migración en cualquier circunstancia. Emigrar luego de una carrera de 32 años no es fácil. Al llegar a un nuevo país, no se es conocido. En los primeros años, tuve gratas experiencias en la Pontificia Universidad Javeriana y en la Universidad Nacional, aunque tenía una sensación de soledad. No era fácil encontrarse con los colegas, no siendo docente de planta. No había tiempo para investigar; solo para dar clases. Los estudiantes eran diferentes, más reservados, menos habladores, muy formales al despedirse dando gracias por la clase, pero sentía que faltaba química. Poco a poco me los fui ganando y pude lograr que participaran más en mis clases. El tiempo me dio un regalo: la coordinación de la maestría en Literatura y Cultura del Instituto Caro y Cuervo, una institución prestigiosa, pero pequeña. Aquí encontré un nuevo hogar académico con un grupo de colegas entusiastas, con quienes fue posible hacer un gran equipo. Encontré un nicho de investigación y pude hacer cambios que contribuyeron a mejorar el programa. Todo ello, en una vieja casona colonial con ecos de muchas generaciones de investigadores. Siento que aportó a este nuevo lugar lo que me traje conmigo de mi querida UCV.



PASILLO DE LETRAS, FILOSOFÍA Y ARTES (UCV) / ARCHIVO

Mariana Libertad Suárez

En el año 2014, cuando dejé la Universidad Simón Bolívar (USB) en Venezuela, lo hice con la certeza de que regresaría. Había obtenido un año sabático para realizar una investigación, una oportunidad que en ese momento veía como un paréntesis dentro de una trayectoria académica arraigada en una institución que valoraba el conocimiento como motor de la universidad; sin embargo, la crisis económica me obligó a tomar una decisión inesperada: quedarme en Lima y continuar mi carrera en la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde hasta hoy me desempeño como profesora contratada. Al marcharme de la USB, no sabía que me iba a alejar de la posibilidad de hacer universidad en el sentido más pleno de la expresión; sin imaginarlo, estaba dejando atrás la generación constante de conocimiento, la existencia de programas de postgrado sólidos, una revista académica que promovía la investigación, y el apoyo institucional a la escritura de libros y la creación de simposios, congresos y otros espacios de discusión. Los postgrados en literatura de la USB, por el año 2015, tenían un cuerpo profesoral compuesto por quince o más doctores formados en distintas universidades del mundo. Esa diversidad garantizaba un crecimiento profesional permanente. La universidad era un espacio de construcción colectiva.

Fuera de Venezuela, encontré un modelo universitario distinto. Me topé con instituciones más atomizadas, donde el contacto entre colegas es mínimo y la docencia tiende a regirse por una pedagogía que privilegia la forma sobre el contenido. La enseñanza de las humanidades, en muchos casos, se automatiza bajo criterios que estandarizan la educación y limitan el desarrollo del pensamiento crítico.

La universidad dejó de ser ese lugar de conversación e intercambio intelectual al que estaba acostumbrada; no obstante, migrar no solo me enfrentó a desafíos, sino que también me brindó oportunidades. En Perú, he conocido estudiantes con formaciones muy distintas a las que encontraba en Venezuela, he trabajado con jóvenes que provienen de tradiciones de pensamiento diversas y que, en muchos casos, tienen un vínculo muy fuerte con sus raíces culturales. Perú, con su heterogeneidad, me ha permitido ampliar mis perspectivas y comprender nuevas formas de abordar la literatura.

Me niego a abandonar mi labor académica en la USB, por eso, sigo trabajando en los programas de maestría y doctorado, como profesora de los cursos de teoría y métodos de la crítica, y tutora de tesis de forma virtual. Asimismo, pienso permanente en proyectos de intercambio intelectual entre mis dos instituciones.

Miguel Ángel Martínez Meucci

Relato chileno

Hasta ahora, mi experiencia docente más significativa fuera de Venezuela tuvo lugar en Chile. Herederos de un pasado compartido, ambos países se asemejan mucho en múltiples aspectos. Pero entre tantos colores que ofrece Hispanoamérica, no hay dos más opuestos entre sí.

Durante varios años mi labor universitaria se desarrolló entre Valdivia y Puerto Montt, donde comienza la Patagonia chilena. Bosques, ríos y volcanes nevados configuran el paisaje habitual de estas comarcas, junto a la amplia bahía salmonera que flanquea Puerto Montt. Allí, en el seno de Reloncaví, atracan enormes cruceros que llegan desde el Ártico para conocer el Antártico.

Emigrado desde Sartenejas, de inmediato conecté con aquellos paisajes lluviosos, salpicados de cabañas donde arde la leña cuando más aprieta el frío. Me impresionó el orden chileno; ese civismo bien arraigado; esa preferencia por la norma que se respira en cada detalle. Si en Venezuela tendemos a resolver las cosas hablando, en Chile más bien se dirimen por la ley.

Una suerte increíble me llevó a ser contratado en las dos sedes de una respetada universidad, y a dictar mi primera clase en el aula “Andrés Bello” de la facultad de Filosofía y Humanidades. En suelo chileno pude comprender hasta dónde Bello supo moldear el andamiaje institucional

de la república de Chile, legado prodigioso cuya comprensión en Venezuela –para variar– obstaculiza el culto a Bolívar.

Durante 5 años dicté clases en 17 asignaturas distintas de pregrado y postgrado, viajando cada semana entre dos ciudades (excepto durante la pandemia). Agoté series enteras de Netflix en el autobús. Ciencia política, sociología, relaciones internacionales, formación ciudadana, metodología de la investigación... Mi favorita fue “Historia política de Chile”, donde aprendí muchísimo. Y constaté que históricamente, cuando a Venezuela le va mal, a Chile bien, y viceversa.

En cuanto a la vida universitaria, comprender la profunda sensibilidad de mis estudiantes chilenos conllevó sus desafíos. El año 1973 sigue anclado en la memoria. Las reivindicaciones indígenas y los “derechos de última generación”, por así decirlo, concentran la atención estudiantil. *Rankings, journals* y becas de investigación condicionan por completo la conducta de profesores y autoridades.

Índices y modas culturales hacen de la universidad de hoy un espacio menos libre que ayer. Pero tal como reza el lema de mi universidad en Chile, *libertas capitur*. Quiero creer que los venezolanos, allí donde estemos, comprendemos hoy esa verdad mejor que el resto del planeta.



UNIVERSIDAD PONTIFICIA CATÓLICA DEL PERÚ / CREATIVE COMMONS

Marta de la Vega Visbal
Exilio: en tierra propia y ajena

Es un hecho que ha roto mi vida, que ha roto mi eje, que ha roto mi capacidad de sentirme segura en la vida. Regresar al país natal no es regresar a casa. Es llegar a un lugar donde la edad se vuelve un obstáculo más que un mérito, donde la experiencia es vista como un peso y no como un valor. Se habla de reconocer la trayectoria, pero en la práctica, las puertas permanecen cerradas. El conocimiento, que antes era un puente, se convierte en un muro.

Más allá del dolor del desarraigo, está la incertidumbre. ¿Cómo se reconstruye una vida cuando el mundo ya no espera que lo hagas? ¿Cómo se sigue adelante cuando los méritos acumulados parecen no bastar para ganarse un lugar en el presente? Regresar nunca es lo mismo que volver. Volver es una elección, un acto de voluntad; regresar forzada es una fractura, un desprendimiento abrupto de la vida construida con esfuerzo en otro lugar. El retorno por necesidad –y no por deseo– es una experiencia marcada por la contradicción: la familiaridad del entorno y la extrañeza de sentirse ajena en él.

No es solo haber dejado atrás un hogar, colegas, proyectos y un espacio ganado con años de trabajo. Es la

certeza de que este regreso no es un cierre de ciclo ni un reencuentro con las raíces, sino la consecuencia de la imposición del miedo, de una amenaza latente que despoja de la posibilidad de elegir. La academia y la escritura, que siempre han sido mis principales trincheras, ahora se convierten en territorio incierto. La experiencia, los logros, el conocimiento acumulado, parecen quedar eclipsados por la inercia de un sistema que desconfía de lo ajeno, incluso cuando lo ajeno es su propia gente que regresa. La paradoja del exilio es que, aunque el retorno sea a la tierra de origen, el desarraigo persiste, porque el país al que se vuelve no es el mismo.

Reconstruirse profesionalmente después del exilio no es un proceso rápido ni sencillo. Implica una continua negociación entre la experiencia pasada y las oportunidades presentes, entre lo que se ha perdido y lo que aún se puede construir. Pero en medio de todo, sigo creyendo en el poder de comunicar y de enseñar, en el impacto de la palabra escrita y en la posibilidad de encontrar, incluso en tierra propia y ajena, un nuevo lugar desde el cual seguir aportando al conocimiento y a la transformación de la sociedad.

PROFESORES QUE EMIGRARON >> QUÉ DEJARON, QUÉ ENCONTRARON



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Mireya Tabuas
Mis profes

Lo primero que se me vino a la mente fue la Universidad Central de Venezuela. Quería hablar de lo mucho que me marcó como estudiante y como profesora. Quería hablar de sus jardines, de sus pasillos cubiertos, de sus obras de arte, de sus cafetines, de sus bibliotecas, de ese olor que emanaba de algunos pasillos cerca del Aula Magna. También quería hablar de las marchas, de las huelgas, de los semestres perdidos pero no tan perdidos porque de los paros siempre se aprendía. Por supuesto, quería hablar de la Escuela de Comunicación Social, de las máquinas de escribir que no servían, de mis buenos profes, de mi propio inicio como profe, de lo que significaba para mí enseñar a escribir en las mismas aulas donde me enseñaron a mí. Quería hablar del concurso de oposición; de todo lo que estudié para estar preparada; de lo orgullosa que estuve cuando gané un puesto a medio tiempo, no precisamente por la plata que iba a recibir, que nunca fue mucha y que cada vez valía menos hasta volverse nada.

Quería hablar de mi vida ahora como la docente de acento distinto; la profe que ha intentado sustituir, sin éxito, chévere por bacán; pero que ahora pre-

fiere decir *fome* que aburrido.

Pero no, en realidad, no quiero hablar de mí. Quiero hablar de mis estudiantes de escritura, los de allá y los de acá. Esos que comienzan llamándose usted y profesora, continúan tuteándose y diciéndome profe, y terminan nombrándose Mire.

Quiero hablar de mis estudiantes ucevistas que ahora sigo en redes sociales: los que se quedaron en Venezuela ejerciendo el periodismo bajo todo riesgo y los que se fueron del país. Los que trabajan en nuevos medios, los que hacen *marketing*, los que escriben libros, los que tuvieron hijos, los que se reinventaron, los que hacen cualquier otra cosa para sobrevivir...

Quiero hablar de mis estudiantes chilenos, en su mayoría jóvenes marcados por una dictadura que no vivieron ellos sino sus padres y abuelos, pero de la que necesitan seguir escribiendo.

Quiero hablar de mis estudiantes venezolanos, los que tuve en mi país y los que tengo aquí en el sur, marcados por una dictadura que han sufrido en carne propia y de la que no pueden dejar de escribir.

A todos los acompaño en su escritura.

Ellos son mis profes.

Roger Vilain
Sartre no estuvo equivocado

La máxima sartreana afirma que es preciso vivir, existir, implicarse en semejantes verbos para conjugarlos en el día a día y fraguarnos, dar con nosotros. Semejante asunción, a la hora de hacer de Venezuela lugar de nostalgias por haber cogido las maletas, la familia y recalar en Quito, sirvió para experimentar lo que el filósofo enseñaba. “La existencia precede a la esencia”, dispone el axioma, y lleva toda la razón.

La lleva, entre otras cosas, porque irse implica una carga de incertidumbre que a veces carcome cuanto toca y porque en medio de lo que desconoces es fundamental construir. Construir y construirte. Mientras, la palabra exilio ronda, merodea, hasta que en mi caso se arrellanó en el sofá y puso sus puntos sobre las íes.

Sin embargo, llegamos a Quito y fue amor a primera vista. La capital del Ecuador, con sus montañas, su clima y su centro histórico nos recordaba la Mérida estudiantil a la que siempre deseamos regresar. Hicimos *click* de inmediato.

Entonces empezamos a erigir. Camila y Daniel, nuestros hijos casi adolescentes, se adaptaron con relativa facilidad. Llegaron los amigos,

el trabajo en la universidad, el hogar que ganó lumbre muy pronto. Y en medio de este andamiaje siempre Venezuela. Venezuela, claro, es el lugar de las primeras veces, ese espacio donde naces, creces, existes y te incrustas como un clavo en la madera. Ahí, por vez primera abrí los ojos, salí a la calle, di mi primer beso, aprendí a fumar, descubrí el atrayente caminar de las muchachas, supe que la vida es una carcajada o un asombro o una lágrima, todo junto, todo más o menos a la vez. El lugar de las primeras veces cuya marca a fuego te obsequia identidad, sentido de pertenencia, memoria, *saudade* cuando debes alejarte sin remedio.

Pero repito que el filósofo tenía razón. En esta tierra, el Ecuador que ha hecho nido en nosotros, comprobamos la exactitud de su genial idea. Si la existencia precede a la esencia con justicia vivir a fondo, vivir en cuerpo y alma renueva al yo que vamos siendo. La responsabilidad, para bien o para mal, es la del labrador que se cultiva a sí mismo. En familia lo intentamos, desde la Venezuela que llevamos dentro con el aquí y ahora de la realidad que nos abraza, que en buena medida edificamos. Sartre no estuvo equivocado.

Roberto Martínez Bachrich
Los ojos de las cabezas olmecas

*Si hubiera sabido todo esto /
no me agarran viva*
Miyó Vestrini

Parece que yo era un latinoamericanista en Latinoamérica y no lo sabía, felicidad. Acá, tristeza, me recomiendan mucho saberlo. Parece que tampoco sabía que ciertas cosas suenan mejor si tienen ciertos nombres. Y que mientras allá era de la vecindad, acá soy raro, eremita, ajeno como veneno.

Los latinoamericanistas en Latinoamérica, parece, teníamos la mala costumbre (yo creía que era buena, felicidad) de leer con pasión y devoción. Y mirábamos con perplejidad o terror, como quien se topa con una ecuación de segundo grado o un hipopótamo volador, a quienes no lo hacían. También respetábamos, o lo intentábamos, el enigma. Despejarlo a garrotazo limpio no se nos hacía interesante o productivo, todo lo contrario.

Después de haber vivido en una selva de poetas, ensayistas, narradores y verdaderos críticos y lectores, felicidad, terminé en la ruda estirpe de la estepa nórdica: escándalo de lago congelado y pez muerto que, caramba, no se pudre.

Esa falta de pasión y devoción es

solo uno de tantos desencuentros. Ese privilegiar contexto sobre enigma, concepto sobre imagen, dato sobre belleza, ciencias sociales sobre literatura, es otro. Dejar la Escuela de Letras de la UCV (aunque Letras nunca se deja del todo) y seguir en las aulas, otras aulas, fue abrirle espacio a un treponema existencial, un festival de vacíos que viene con tedio, injuria y tatequieto, que se come el cerebro y el alma, si lo dejas. Y cada vez que los malos hados me empujan a recordar el Edén, me voy de boca por el barranco. Una obviedad, diría cualquiera, pero como yo era feliz, no me daba cuenta.

Medité mucho, entonces, sobre lo que estaba sucediendo. Se pretendía que desbaratara y reordenara hasta el borrón todo vestigio de mi antiguo y hermoso arsenal de paradigmas. Con espanto sin fin, toqué la pata peluda de la araña y emergieron, de la blanca estepa, pirámides ensangrentadas, frescas de sacrificio.

¿Que qué he ganado? Un alambre de púas con tapón arterial, una angustia que se tuerce en bárbaro gorgojo. El ombligo en la oreja, digamos, o el barco en el ancla. Y un buen sistema de bibliotecas, eso sí. Un continuo volver, también, al punto inicial del desconcierto y la tristeza: los hipopó-

tamos vuelan y esta no es ni será mi tierra, jamás.

Venimos al mundo con dones y taras. La formación desarrolla unos, subraya las otras. Y como hay gente que nunca se enamora, le tiene miedo a las alturas o se desmaya si ve sangre, pues también hay gente a la que ciertos nombres no le suenan. Sordo como un ladrillo, sigo asomando mi narizota al deshielo imposible, a la sostenida incertidumbre de sus imágenes: sigo buscando la selva bajo la nieve. Y soy más bruto cada día, es cierto, pero es que parece que yo era un latinoamericanista en Latinoamérica, felicidad, y no lo sabía. Las cabezas olmecas, sin embargo, nos siguen mirando, recordándonos que, como ellas, el enigma es colosal: ese amparo.

¿Que qué he ganado? Un helecho calcinado, el blando fósil de una víbora atroz, la amarga luz de las condenas. Pero extraño Letras, claro: su rumor, su calidez, su penumbra, su todo. Extraño a mis maestros, mis colegas, mis estudiantes: toda una segunda familia. Extraño la belleza sin énfasis, el afecto sin falso entusiasmo. Y extraño, por supuesto, ese frondoso latinoamericanismo de allá que con Jorge Romero, nuestro patriarca y sensei, nos recordaba y alertaba: *tristeza não tem fim / felicidade sim*.

Miguel Vásquez

La pregunta me lleva directamente al 19 de abril del año 2016, recuerdo que salí de Caracas en medio de una calma que llevaba días instalada sobre la ciudad, en medio de un ambiente triste, gris y de duelo. El cuerpo ya sentía el impacto de la partida antes de montarme en el avión. Uno dejó atrás una identidad intelectual construida –con sus defectos y aciertos– por una institución (me refiero a la Escuela de Filosofía de la UCV) capaz de dejar una huella muy profunda en tu personalidad. Esto es, más que una simple formación filosófica uno dejó atrás el espacio donde se constituyó como adulto. Desde el año 1997 hasta el año 2016 fui prácticamente todos los días a la UCV con un solo propósito, estudiar y en enseñar filosofía junto a un grupo de colegas y compañeros tan o más talentosos que uno, lo cual siempre contribuyó a una atmosfera de trabajo excelente a pesar de que literalmente la universidad se nos estuviera cayendo encima. Todavía creo que hay algo en la Escuela de Filosofía de la

UCV que se resiste, no sé desde dónde ni cómo, a la desidia inducida, al odio y al conformismo. Por eso siento que dejé atrás algo raro e inexplicable, algo que da fuerzas con solo pensarlo. Cuando dejé la UCV tras casi 15 años de docencia, las condiciones materiales eran muy duras, laceraban a diario el ánimo, destruían tu cotidianeidad al punto en el que migrar se transformó en una opción. Cuando llegué a la Universidad Complutense de Madrid encontré un ambiente distinto pero con cosas que se me hicieron familiares. Logré iniciar mi carrera docente en octubre de 2018 y lo que encontré fue otro tipo de fuerzas que aun trato de descifrar. En lo material, pese a carencias evidentes, las condiciones son radicalmente distintas, sin embargo, lo que realmente me llama la atención es un cierto espíritu de sobrevivencia que reside en la facultad en la que hoy trabajo. Aquí también la han pasado mal, la facultad fue totalmente destruida por bombas durante la guerra civil. Muchos estudiantes de filosofía

y filología encontraron la tumba entre trincheras hechas con libros tomados de sus bibliotecas y décadas después, pese a lo vivido, a lo que se ha hecho o dejado de hacer para superar esos traumas y para seguir adelante, la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid sigue ahí, mirando hacia el futuro sin desatender su presente, con eso, y montones de luchas por ser respetados y por querer vivir en libertad fue con lo que me encontré y creo que por eso no me ha sido difícil hacerme un lugar aquí. En ambos espacios, en la Escuela de Filosofía de la UCV y en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense hemos filosofado desde lo imposible –desde lo inenarrable casi– y ahí seguimos casi de forma inexplicable. Por eso, desde el compromiso que nos obliga a filosofar en medio de historias llenas de adversidades, desde lo que nos exige pensar disciplinadamente a propósito de nuestros sufrimientos presentes y pasados, lo que dejé, se parece a lo que encontré.



PASILLO DE LETRAS POR LA NOCHE / HENYERSON JESÚS ANGULO

PROFESORES QUE EMIGRARON >> QUÉ DEJARON, QUÉ ENCONTRARON



UNIVERSIDAD DE OKLAHOMA / ARCHIVO

Salvatore Giardullo Russo
Educar sin fronteras

Soy profesor venezolano y mi vida, como la de muchos colegas, cambió radicalmente el día que llevé una maleta al aeropuerto. En ella no solo había ropa, sino recuerdos, sueños y el peso de un amor profundo por mis estudiantes. En mi mente, se agolpaban las imágenes de esas aulas con pupitres desgastados y pizarras rotas, espacios humildes que, sin embargo, estaban llenos de risas, creatividad y unas ganas inmensas de aprender. Dejé atrás a jóvenes con preguntas enormes y recursos mínimos, estudiantes que, paradójicamente, terminaron enseñándome a mí mucho más de lo que yo podía ofrecerles. También dejé un sistema educativo que se desmoronaba poco a poco, donde ser docente significaba resistir, improvisar y, muchas veces, sobrevivir más que educar.

Al emigrar, descubrí un mundo diferente. Encontré estabilidad, algo que

parecía un lujo lejano, y acceso a herramientas que antes solo veía en videos o escuchaba mencionar en conferencias. Me maravillé al enseñar en aulas con proyectores, laboratorios bien equipados y bibliotecas interminables. También conocí estudiantes de culturas diversas, que traían a las clases perspectivas únicas y desafiaban mis propias ideas. Pero la distancia también llegó con un peso emocional difícil de medir. A pesar de las oportunidades, sentí una soledad que no esperaba, una desconexión con todo lo que había dejado atrás.

Sin embargo, la tecnología se convirtió en un puente entre esos dos mundos. A través de una pantalla, sigo conectándome con mis estudiantes en Venezuela. En las madrugadas, mientras aquí el silencio lo envuelve todo, enciendo la computadora para dar clases a jóvenes que luchan con-

tra cortes de luz, fallas de internet y los desafíos del día a día. Esas sesiones son un recordatorio constante de su resiliencia, de su pasión por aprender a pesar de las adversidades.

También enseño en el país que ahora me acoge, a estudiantes que muchas veces no conocen la urgencia de aprender con lo poco que se tiene. Estas dos realidades, tan distintas, han enriquecido mi forma de enseñar y me han mostrado la profundidad de esta vocación.

Hoy sé que emigrar no es abandonar. Es reinventarse, reconstruirse y aprender a llevar el corazón dividido entre el lugar de donde venimos y el lugar donde estamos. Enseñar sigue siendo mi forma de resistir, de sembrar esperanza y de demostrar que la educación, incluso a kilómetros de distancia, puede ser un acto de amor que trasciende fronteras.

Victoria Tenreiro
Empezar, pero no de cero

Llegué en el 2010. Dejé una historia y me encontré en un vacío. No dejé la universidad, sino que dejé la trama de la vida. Dejé amigos, espacios, compañeros, alumnos; dejé la continuidad y la calidez, donde la universidad era parte y consecuencia de lo vivido, y donde las referencias comunes constituían la existencia cotidiana. Y llegué a un lugar que estaba lleno, de donde no formaba parte... Y me instalé en un vacío durante varios años.

Pero era un vacío aparente. Porque era falso que no tuviera nada en mí haber. Aunque parecía que llegaba de lo muy extraño, donde “lo muy extraño” era como la nada, realmente no era así.

Sí había experiencia, realización, actividad..., y de muchos años. Pero fui yo quien tuvo que caer en cuenta. Fui yo quien tuvo que valorar lo hecho, lo trabajado, lo elaborado. Para poder compartir los referentes que formaban parte de mi historia, comprender dónde ofrecían puentes con este nuevo país, estas nuevas instituciones, esta profesión. Y encontrar la manera de mostrarlo, comunicarlo.

Y así, cuando empecé a ver y comunicar lo que traía, dejé de ser invisible, otros me vieron. Y entonces se hizo posible el encuentro. Determinadas personas me preguntaron, se sentaron a hablar, a conocer, a comprender. Y creyeron. Y pasó lo que sucede cuando una persona cree en otra; que cada uno se expande, crece, florece.

Y entonces supimos que podía aportar algo, y que podría volver a hilar en un tejido común. ¡Nunca había estado en el vacío! Algo de lo previo podía ser integrado a esta nueva historia. Y otras profesoras, otros colegas también lo creyeron. Y entonces pude entrar a ese espacio que funciona, pero que difícilmente integra elementos extraños. Y, afortunadamente, encontré muchas cosas más.

Y salí de mí misma, y me encontré nuevamente, después de años, como alguien que no solo tiene que sobrevivir por inercia –que era lo que ve-

nía haciendo profesionalmente hasta ese momento– sino que también puede aportar, puede proponer. Hoy, después de 15 años, puedo ser activa, agente de un desarrollo personal y común; del desarrollo de aquellos que son, casi de forma inesperada, mis nuevos alumnos. Estoy de nuevo en la universidad y me puedo emocionar con sus proyectos.

He podido reencontrarme con otros, y sigo tejiendo aquella historia que parecía que se había roto, pero que pudo continuar. Empecé de nuevo, pero nunca empecé desde cero.



UNIVERSIDAD DEL ZULIA / ARCHIVO

Víctor Carreño

Querido Nelson:

No he podido terminar de escribir lo que me pediste, y ya no podré. Aquí va una explicación. Un relato inconcluso. En las últimas semanas todo se ha vuelto muy enrarecido en los Estados Unidos. Me preguntas qué perdí como profesor cuando me fui de Venezuela. Perdí a mi familia, la Universidad del Zulia, a la que dediqué muchos años de trabajo compartidos con excelentes colegas, perdí a un hermoso y excepcional país. Perdí una vida que creía segura y estable. También perdí mi biblioteca, ya que mi esposa y yo solo pudimos viajar cada uno con dos maletas, llenas en gran parte de abrigos, y no había espacio sino para unos pocos libros. De manera que soy casi un escritor salvaje: solicito préstamos de libros a la biblioteca y otros los he comprado, pero un escritor se hace con el hábito de una biblioteca personal, y he tenido entonces que reinventarme. Estoy agradecido con las dos universidades que me han contratado: la Universidad de Oklahoma, primero, y Hillsdale College, después. Mis colegas han mostrado simpatía por nuestra situación al salir de Venezuela y yo disfruto mis clases de español y de literatura en lengua española con mis estudiantes de pregrado. Cuando tengo tiempo libre, se lo dedico a la investigación, a la lectura o a hacer viajes cortos. No creo poder decir nada más relevante. Hay quienes tienen más méritos y es motivo de orgullo para mí ver a colegas de Venezuela con libros, artículos, participaciones en conferencias, trabajos muy sesudos y reconocidos. De mi trabajo solo pueden hablar los demás o el tiempo. Para ser más específico, en mi caso se trataba de sobrevivir a un país en ruinas. Y, sobre todo, era y soy un extranjero. Me he adaptado a un nuevo ambiente de trabajo, no he pretendido nunca que este reprodujera las mismas condiciones y expectativas de mi trabajo en Venezuela.

Debería ser más larga mi respuesta, pero hay mucho dolor, y solo te podría contar historias fragmentadas como esta que te comparto. Hace dos años y medio conducía de madrugada por las calles de Hillsdale a Detroit, en el estado de Michigan. Tenía una cita en USCIS (los servicios de inmigración y ciudadanía de los Estados Unidos) de servicios biométricos para estampar mis huellas dactilares, requisito previo para la aprobación final del TPS (estatus de protección temporal), condición otorgada a los venezolanos. Fui solo, pues mi esposa tenía la cita otro día. Como era otoño, había una densa niebla durante una buena parte del viaje (dos horas), porque eso es común en octubre y noviembre por estas tierras del norte. Mi cita era a las 9 de la mañana, pero llegué mucho antes. El estacionamiento estaba solo, hasta que llegó una camioneta de la que se bajó una familia como de cinco personas, entre adultos, niños y un bebé. Al hacer la cola, me enteró de la procedencia de la familia. Para decirlo de una vez, esa mañana solo se presentaron ellos y yo: una familia de Ucrania y un hombre de Venezuela. Ellos venían de una guerra, yo venía de una crisis humanitaria. Ambos veníamos de catástrofes que se pudieron haber evitado. Hay muchas otras catástro-

fes en nuestro planeta, pero a veces pienso que muchas coinciden en su soledad. Muy poca gente de verdad se entera y, si tienen poder, pocos se esfuerzan en remediarlas. ¿Aprende el ser humano de las catástrofes de los otros? Espero que sí. En todo caso, siento que toda vida, toda palabra es un don, algo que nos fue concedido y en lo que no intervino nuestra voluntad. Existimos gracias a que somos parte de la “cadena del ser” y nos corresponde hacer que esa cadena continúe. He perdido muchas cosas, pero no la memoria. De algo debe aprovechar a alguien.

Voy a unos años atrás, esta vez en Oklahoma, donde vivimos por un tiempo cuando llegamos a Estados Unidos en 2018. Esta vez era invierno, una profesora amiga daba clases de inglés a inmigrantes, y como mi esposa estaba interesada, pasamos aquella tarde en su casa. No teníamos carro en ese momento, así que cuando terminaron las clases de inglés, pedimos un Uber, pero hacia las nueve de la noche (¿o era más tarde?), la ciudad de Norman estaba rodeada de niebla. El conductor era muy amable y conversador, así que en el camino nos pregunta de qué país veníamos. “¿Venezuela? ¡Ah, Maduro!” Percibí en seguida su acento y dije para mis adentros riendo: “Acaso nos vino a buscar un espía ruso”. Cuando comprendió que no éramos sus seguidores, nos contó que él se había venido de Rusia escapando de Putin. En 2015, el líder opositor Boris Nemtsov, mientras caminaba por el centro de Moscú, cerca del Kremlin, es decir, en una zona de mucha seguridad y vigilada, fue asesinado a tiros. A pesar de la zona donde murió y que debía haber muchas cámaras alrededor, nunca se resolvió el misterio de su asesinato. El taxista no confiaba ni en lo que decían las autoridades ni en la legitimidad de las elecciones. Y recordaba muy bien que Putin había trabajado en la KGB, así como los días bajo el régimen comunista de Brézhnev, en el que le tocó ser de los adoctrinados niños “pioneros” en tiempos de hambre, y ya estaba harto de vivir con aquella gente. Yo recordé que hacía unos pocos meses había salido una noticia oficial en Venezuela comunicando el suicidio del político opositor Fernando Albán. Había saltado del décimo piso del SEBIN, el servicio de inteligencia de Maduro, donde estaba preso. La oposición cuestionó la versión oficial, habló de torturas y asesinato, pero nada se pudo comprobar. Lo que sí es cierto es que los países occidentales no reconocieron las elecciones presidenciales del país aquel año. Yo a la vez me preguntaba de qué más había huido, de situaciones como aquella (detenciones arbitrarias y muertes por causas políticas), o de la absurda hambruna en un país petrolero donde cada día yo veía a gente comiendo de la basura y donde una vez, en el centro de Maracaibo, una señora me abordó pidiéndome comida, con un cuerpo esquelético –la piel pegada a los huesos–, un cuerpo muy parecido a fotografías que circularon un tiempo en las redes sociales.

Para ser honesto, no conversamos de nuestras miserias durante todo el viaje, aunque era necesario porque, a menos que hayas vivido experiencias similares, la gente no comprende historias como esta o, peor aún, no las cree. Prefiere a veces creer la versión oficial o la versión que mejor encaje en su arraigada visión del mundo. Somos por naturaleza desconfiados y egoístas. Así que continuamos hablando, pero de poetías y el cine de Rusia. Sin embargo, siempre que pienso en aquella noche, y en todas las noches que juntas expanden o llenan el vacío, se me viene a la memoria un verso de Rafael Cadenas: “Los gritos / se pierden en la vastedad de mi país”. También, entre la madrugada y el amanecer, he oído, sobresaltado, como unos golpes a la puerta, pienso que vienen a buscarte a mí y a mi esposa, y luego resulta que era en otro apartamento donde alguien hacía ruido. Y vuelvo a dormirme. Así el silencio de las noches recuerda las cosas que perdí y que espero recuperar a la mañana siguiente, una mañana larga, ilimitada, como el horizonte. Saludos, Víctor.

TESTIMONIOS >> VI FESTIVAL HISPANOSMERICANO DE ESCRITORES

Entre el 23 y el 28 de septiembre de 2024 se realizó en Los Llanos de Aridane, La Palma, Canarias, el VI Festival Hispanoamericano de Escritores, organizado por la Orden Galdosiana de La Palma, con el Ayuntamiento de Los Llanos de Aridane, el Cabildo Insular de La Palma, el Gobierno de Canarias, la Agencia Española para la Cooperación Internacional y el Instituto Cervantes. Al mismo asistieron alrededor de 25 autores venezolanos. En la programación destacó el homenaje realizado a José Balza. A continuación se ofrecen testimonios de algunos de los asistentes



ANA TERESA TORRES, JOSÉ BALZA Y VALERIE MILES / ©VASCO SZINETAR

Blanca Strepponi

Tantos días de felicidad

Para mí, que nací y crecí en una megaciudad, a donde regresé después de mi vida venezolana siendo más que adulta y donde seguramente terminaré mis días, resignada ya a vivir lejos de la experiencia del paisaje natural de Venezuela... Pues, para mí, fue sin duda un regalo estar en una pequeña ciudad tan hermosa, de clima amable, rodeada de montañas verdes y todo bañado por esa luz... ¡Esa luz!! Claro que sí, algo familiar resonaba en mi interior. Dije comentando una foto: ya sé por qué los canarios se sienten tan cómodos en Venezuela, porque la luz los hermana.

Esa luz generosa emanaba también de las personas que nos recibieron. Recuerdo estas palabras: no podemos dar la bienvenida a quienes están en su casa. Me conmovió el profundo vínculo entre Canarias y Venezuela. Es tan auténtico el afecto que muchas veces el silencio suplía las palabras. Con cuánta delicadeza fueron evitadas expresiones condenatorias, por cuidar de los venezolanos que regresaban a su país.

Así pasamos una semana, al aire libre, en una plaza llena de árboles sorprendentes, asistiendo a las mesas y lecturas, hablando de literatura, de libros, de cosas muy serias y de otras banales, por el placer de compartir el simplemente estar allí, conversando con los viejos y con los nuevos amigos, todos entrañables.

También tuve la suerte de leer en un liceo ante un grupo de atentos adolescentes, alumnos de un sabio profesor de lengua quien los guiaba hábilmente por las aventuras y ansiedades de la literatura.

Y algo para pensar desde el corazón: una gran amiga, cuya inteligencia siempre he admirado, me señaló la posibilidad de un distanciamiento entre los venezolanos de adentro y de afuera. Porque quienes estamos lejos, cuando hablamos de la situación tan difícil de quienes viven en Venezuela, quizá estemos hiriendo su sensibilidad. ¿Por qué? Pues porque allí millones y millones se esfuerzan por salir adelante con dignidad, educan a sus hijos lo mejor que pueden, trabajan y se cuidan unos a otros, hacen su vida. ¿Cómo hacer todo eso, cómo guardar sus fuerzas, si no evitan sentir que están hundidos en la oscuridad?

Por último, una experiencia única: la visita al Observatorio Astrofísico del Roque de los Muchachos donde fuimos guiados por los científicos del Instituto de Astrofísica de Canarias. Allí estábamos, en Canarias, noroeste de África, lo más cerca que estaré en mi vida del Sahara, a 2400 metros de altura, en tierra de telescopios, un escenario completamente *Sci-Fi*. Por encima de las nubes, inmersos en un cielo impecable cuya pureza es protegida por ley, se extienden numerosos telescopios plateados, con espejos incrustados, delicados como arañas. ¡Estábamos nada menos que en uno de los tres lugares del mundo desde donde mejor se observa el universo!

¿Cómo no estar agradecida? Fueron muchas, muchas, las personas e instituciones involucradas, pero en el límite de este espacio, solo podré mencionar a J.J. Armas Marcelo, Elsa López, Nicolás Melini y Montaña Pulido. Gracias de nuevo.

Juan Carlos Chirinos

Suerte y prosperidad

El traductor Ryukichi Terao me dijo que su nombre significaba algo así como suerte y prosperidad (pero creo que esto me lo he inventado): en ese momento –estábamos bebiendo *whisky* japonés en la hermosa terraza del hotel, desde donde Los Llanos de Aridane se mostraba no solo generoso, sino pleno de estrellas, porque el cielo en La Palma es perfecto– me pareció el nombre adecuado para lo que habíamos estado viviendo en los días anteriores y lo que viviríamos en los que restaban del VI Festival Hispanoamericano de Escritores, este año dedicado a Venezuela y organizado por la Orden Galdosiana, esa gran idea de la alegría y el amor al saber: tenemos *suerte* por juntar a tantos amigos que hace tiempo no veíamos y disfrutamos de *prosperidad* por los buenos augurios que, en conjunto, todos estos escritores juntos significan: nacidos entre 1939 a 1982, por lo menos, representan casi medio siglo de excelente literatura: poetas, novelistas, cuentistas, ensayistas y biógrafos; muchos de ellos premiados, muchos de ellos con una obra muy sólida y todos ávidos lectores.

Venezuela cuenta, ahora mismo, con dos o tres generaciones de escritores de altísima calidad y allí quedan los videos en YouTube para constatarlo: toda una demostración de que nuestro país es algo más que la aciaga vida política y que el mundo sigue más allá, palpitante e indetenible. Solo puedo sentir gratitud por haber estado entre ellos, presenciando imágenes que no volverán a repetirse. Todo lo que vimos y oímos da para una gran crónica literaria a la altura de un Yliá Ehrenburg, y seguramente anda por ahí, en cuadernos, en computadoras, en cámaras que alguna vez el mundo conocerá.

Los escritores venezolanos solo podemos sentir agradecimiento por J. J. Armas Marcelo, Nicolás Melini, Pepe Esteban, Elsa López, Ernesto Pérez Zuñiga, Ryukichi Terao y todos aquellos que se han interesado por nuestra literatura, siempre dispuesta a cruzar fronteras, cosmopolita y local, celosa y generosa al mismo tiempo.

Larga vida al Festival Hispanoamericano de Escritores –y que todos lo veamos.

Antonio López Ortega

Revivir en La Palma

La Venezuela democrática de fin de siglo solía importar programación cultural foránea más que exportar la propia. Esto es, era más común ver una exposición de Bacon en el Macci que apreciar una de Soto en el Pompidou. El argumento de peso era facilitarle al ciudadano de a pie la cultura universal, con acento puesto en la contemporánea. Hoy en día solemos criticar lo que pudo hacer el Conac como institución regente, pero hay que recordar lo que significó erigir veintitrés fundaciones de Estado para vertebrar las políticas de la nación. En el campo literario bastaría mencionar tres eventos finiseculares que permitieron la reunión de escritores venezolanos y la proyección de nuestra literatura: en 1991, un simposio sobre cultura y sociedad convocado por la Universidad de Brown gracias al esfuerzo de Julio Ortega; en 1995, la Feria del Libro de Guadalajara elegía a Venezuela como “Invitado de Honor”; y en 1996, gracias al profesor Karl Kohut, un encuentro de intelectuales y creadores venezolanos en la Universidad de Eichstätt, presidido por los ya fallecidos Salvador Garmendia, Eugenio Montejo y Denzil Romero.

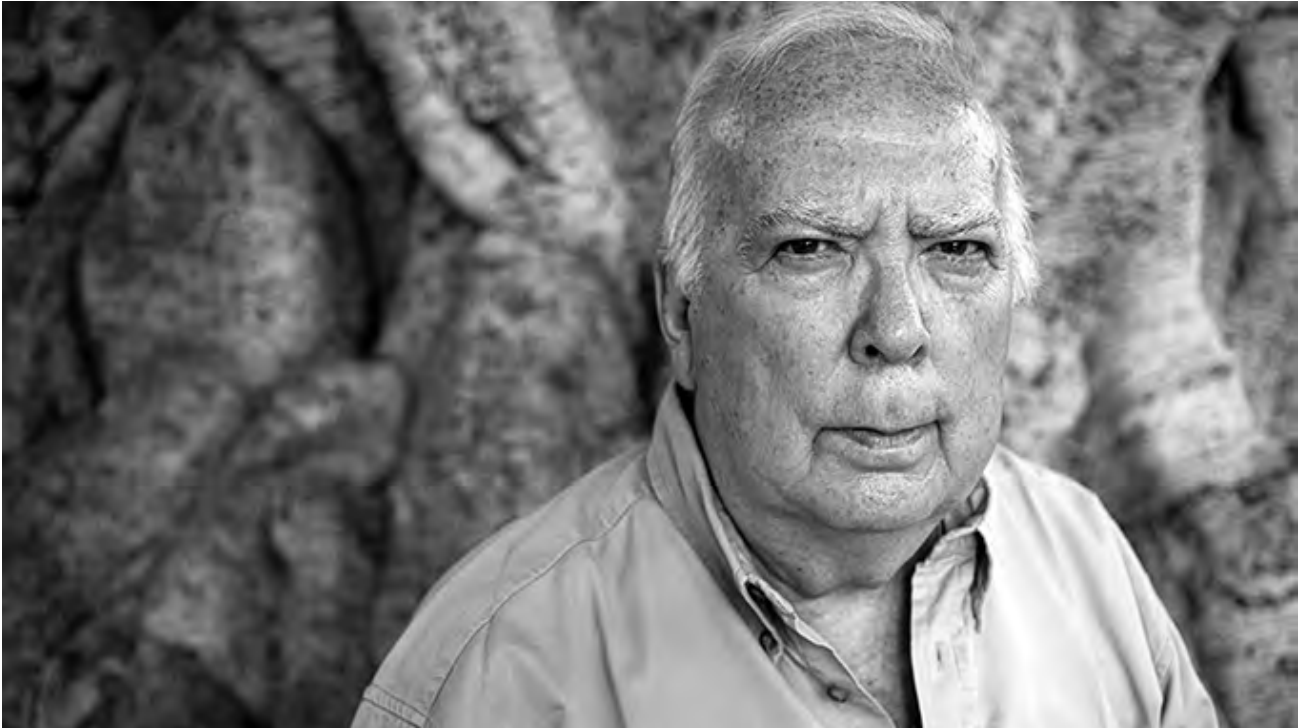
Bastó pasar al siglo XXI para ver la ruina y los despropósitos de las políticas públicas en cultura: la ideología raptaba cualquier noble empeño. En el campo literario, el adoctrinamiento de Monte Ávila Editores, la confiscación de la Biblioteca Ayacucho, el secuestro del Premio Rómulo Gallegos. Los escritores se quedaban sin papel, sin libros, sin editoriales, sin imprentas, sin talleres literarios. Dos décadas perdidas sin medios para..., pero la creación literaria sí se ha sostenido, con generaciones de poetas y narradores que no desmayan, que recurren a la tradición para fortalecerse.

Cuentan los organizadores de este VI Festival Hispanoamericano de Escritores que, cuando mencionaron ante las autoridades canarias la palabra Venezuela como país invitado, la reacción fue unánime: no hay diputado, concejal o alcalde palmero que no recuerde a los parientes que, en los años 50, se refugiaron en Venezuela para salir de la pobreza y hacerse un futuro. Esta herencia es la que ha hecho posible que se reunieran en los Llanos de Aridane durante una semana veintidós escritores venezolanos provenientes de Venezuela, España, México, Ar-

gentina, Francia y Estados Unidos.

Este primer encuentro de siglo que ya devora su primera cuarta parte, entre mesas y foros, plantó un hondo reto a los propios participantes: ¿son distintos los que se fueron a los que se quedaron?, ¿ha crecido más la poesía y menos la narrativa?, ¿hemos perdido en cuanto a ventas nuestro mercado natural?, ¿qué significa publicar sin público lector?, ¿los referentes narrativos deben beber obligatoriamente de la crisis del país?, ¿los que ya han doblado su edad se sienten más próximos al país de llegada?, ¿los que están en el extranjero pueden medir el dolor de los que se quedaron?, ¿puede un escritor exitoso desentenderse de su par?, ¿el escritor de afuera terminará por olvidar lo que considera un lastre?

Entre volcanes y observatorios, La Palma nos ha ofrecido un espejo sinuoso que ya nos está retando. El dilema que tenemos es insondable: cómo seguir siendo los mismos cuando el paisaje, la tradición o la conciencia van derivando hacia otros derroteros. O los palafitos de la Pequeña Venecia se hunden en el barro o un viejo canto de lavanderas vuelve a exigir “dame razón de mi ser, mira que se me ha perdido”.



IGOR BARRETO / ©LISBETH SALAS

Igor Barreto

Fui testigo del VI Festival Hispanoamericano de Escritores. Ir de viaje a un Festival como este, en la isla de La Palma, fue sobre todo un encuentro con lo originario. De pronto me convertí en testigo de unas puertas, de unas callejas, y unas ventanas paracrónicas, que me parecieron el

espejismo verdadero de ciudades venezolanas como Calabozo, en el Edo. Guárico, o la ciudad del Coro colonial. Resultaba imposible escapar a la utopía de un país perdido y re-encontrado. En ese espacio ocurrió una conversación entre venezolanos migrantes. Es que ya no somos

sino eso. No podría regatearle nada a la madurez del diálogo de nuestros últimos narradores. Sentí en ellos una destacada conciencia estética. La misma intensidad existía en los poetas invitados. Los palmeros quieren más a Venezuela que muchos de nosotros.

Francisco Javier Pérez

Nuestra literatura

Más allá de los egos y las egolatrías, males endémicos de nuestra literatura, el “VI Festival Hispanoamericano de Escritores”, celebrado hace un par de semanas en la ciudad de Los Llanos de Aridane, en la isla de La Palma, dedicado en esta edición a Venezuela, propició el milagro de la fraternidad y el prodigio de la solidaridad.

La polifónica reunión hizo convivir con no poco virtuosismo a voces ya consagradas de nuestra literatura, con otras de medio trayecto o de prometedora gestación. De los histriones literarios, esos que con tanta agudeza refería el gran Poe, no hablaré.

Los anfitriones, esos magníficos escritores “españoles y canarios” que por ventura no “contaron con la muerte”, como reza en el triste de-

creto de nuestro padre patrio, dueños supremos del arbolado jardín (nunca terminaremos de comprender que la fiesta verdadera ocurría debajo de los centenarios Laureles de Indias, corona umbrosa de nuestras esperanzas), condujeron nuestros oficios con los mejores de ellos.

Ningún acuerdo previo orientó los viajes al corazón de nuestras actuales tinieblas; estas que acompañan inexorablemente a todos los venezolanos del presente. El recuerdo de las cumbres más altas pudo aminorar la marcha a los abismos. Amor y dolor como constantes de la semana venezolana de La Palma que hizo ver que es posible respirar aire puro en estas islas Canarias que llevamos en el corazón de nuestras luces permanentes.

Nos faltan palabras para agradecer a nuestros hermanos insulares por permitarnos estos días de feliz convivencia en donde cada uno a su manera revivió ese país literario que fuimos y en donde cada uno según su personal hermenéutica soñó con la curación del país enfermo que somos. Signos del ayer que crearán los símbolos del mañana.

Parafraseando a Luis Cardoza y Aragón, diré que no amamos nuestra literatura por grande y poderosa y no dejamos de amarla por débil y pequeña o por sus nieves y noches blancas o por ser todo un diluvio solar. Amamos nuestra literatura porque es la nuestra. Amar nuestra literatura y comprender el dolor venezolano que ella refleja han sido los saldos mayúsculos de este precioso festival.

TESTIMONIOS >> VI FESTIVAL HISPANOSMERICANO DE ESCRITORES

Silda Cordoliani
Días canarios

Todo venezolano ha oído hablar de las islas Canarias, aunque tal vez los canarios (o isleños) no sean los españoles más representativos entre nosotros, no como los gallegos, por ejemplo. Sospecho que la razón es muy sencilla: su dejo, más caribeño que peninsular, se acopló al nuestro tan rápidamente que muy pronto comenzamos a percibirlos como otros compatriotas más.

Sabemos que las islas Canarias son parte del territorio español, pero olvidamos con frecuencia su posición geográfica: un grupo de islas del Atlántico que se encuentran en el noroeste del continente africano. Tal como me sucedió hace más de 30 años cuando visité Tenerife, lo que más llamó mi atención de La Palma fue su paisaje vegetal, completamente exótico a mis ojos. ¡Y cómo no!: me hallaba en África, en una isla volcánica y frente a las arenas del Sahara.

Una muchacha rubia de ojos azules conduce durante uno de nuestros traslados, se llama Guayarmina, así como una princesa guanche nacida en Gran Canaria en el siglo XV. Escucho su nombre y recuerdo a La Guaira, Guarenas y Guacara, a la guayaba y la guanábana, a las guácaras y guacamayas, y tantas, tantísimas otras palabras de constante uso en el Caribe que comienzan con “gua”.

A miles de kilómetros de distan-



SILDA CORDOLIANI / ©LISBETH SALAS

cia del estado Aragua, y también de las Canarias, la mamá de Marian me cuenta que allá, en Palo Negro, había una gran comunidad de isleños que terminaron imponiendo algunas de sus comidas y tradiciones. Que casi todas las muchachas del pueblo llegaron a tener un noviecito nacido en la Gomera, en Tenerife o en La Palma, incluso ella, agrega no sin cierto rubor. Luego encuentro esto: “... la primera y más importante empresa de producción agrícola del país, Agroisleña, fue fundada en 1958 por el gomero Enrique Fraga Alfonso en Palo Negro, estado Aragua”.

No solo se trataba de los muchos años sin vernos ni reírnos juntos, sino de la primera vez que desayuná-

bamos y almorzábamos en cofradía, de la primera que obligatoriamente teníamos que vernos todos los días y a cada ratico, siempre sonrientes, además. Si celebrar la literatura venezolana fue una fiesta, esta fue una fiesta doble, porque también, sin darnos cuenta, estábamos celebrando que el afecto y la solidaridad se hubiera mantenido inalterable, a pesar del tiempo, la distancia y, por qué no, del dolor.

Así que es necesario dar las gracias por el enorme regalo que significó este reencuentro en un pedacito de África español. Las gracias a Nicolás Melini, a J. J. Armas Marcelo, y a todos los otros muchos anfitriones canarios que se esforzaron por darnos una semana de felicidad.

Juan Carlos Méndez Guédez
Todos fuimos isla

El abrazo fue en Canarias.

Tenía que serlo. Más allá de los datos, las cifras, el anecdotario, la relación de afecto entrañable que ha quedado entre los canarios y Venezuela es una historia viva que sigue caminando por las calles.

Una literatura dispersa, fragmentada y adolorida como la venezolana, hace mucho que no tiene oportunidades de reunirse, de dialogar, de cuestionarse. Por ese motivo, que una pequeña representación de lo que es una de las literaturas más prometedoras, ambiciosas y plurales de la actualidad haya coincidido en La Palma ha sido un verdadero lujo.

El Festival Hispanoamericano, uno de los más importantes de España, me hizo sentir de nuevo que el español es la casa grande de la imaginación, pero que existe una casa pequeña, algo derruida, incomunicada, a la que perteneceré siempre; una imaginación propia en la que escucho al fondo las voces de Teresa de la Parra, Ramos Sucre, Julio Garmendia, Luz Machado, Guillermo Meneses. Frente a la obra de estos autores, la miseria, la mentira, el mal, la represión, la perversidad de la dictadura se muestran en toda su pequeñez, en

toda su abyección como un accidente de la historia del que tarde o temprano saldremos renovados.

Ser venezolano ahora mismo es un dolor. Pero es un dolor que en la escritura se transforma en furia, en humorismo, en ironía, en palabra fogosa, en intención estética; y eso fue lo que vivimos esos días por los que siento una inmensa y renovada gratitud. La Palma nos recibió con generosidad, con avidez, con infinita ternura, y eso que todavía es una tierra que vive sus propias heridas por la destrucción que causó el estallido volcánico de 2021.

Las palabras del poeta palmero Ricardo Hernández Bravo, referidas a la reconstrucción que debe vivir la isla para superar su propia tragedia, creo que también son el espesor de las frases que Venezuela necesita en estos momentos: “Domesticar el volcán, plegarse a él. Utilizar sus mismos materiales para volver a aposentarse sobre ellos y reconstruir nuestros días hechos de brisa, sal y salitre. Y cuando la cicatriz de lava se enfríe, echar a andar sobre la carcajera del malpaís, y abrir nuevos trillos hacia nuestra lidia y nuestro reloj en los rumbos de siempre”.

María Beatriz Medina
Cruce de miradas

El recorrido palmero desde Santa Cruz de la Palma a los Llanos de Ari-dane en la Isla Bonita anunciaba un encuentro especial para la VI edición del Festival Hispanoamericano, organizado por la Orden Galdosiana de la Palma y dedicado, en esta oportunidad, a Venezuela. Ese tránsito fue, de alguna manera, la posibilidad de visitar acentos y paisajes que conectaban con memorias personales.

Los Llanos se convirtió en el espacio idóneo para intercambiar miradas y ciertas perspectivas sobre la literatura venezolana y su impronta hoy, dentro y fuera del país. Hacerlo junto a autores insulares y escritores venezolanos con los que mantenemos continua cercanía, muchos asentados en otras tierras, fue realmente enriquecedor.

Los poetas, narradores, ensayistas canarios y venezolanos convocados abrieron las compuertas de la reflexión en torno al quehacer de creadores de una literatura vertida por el mundo. Pero, en paralelo, se dio la posibilidad de unir voces literarias de esas dos geografías, hilvanadas por referencias a escritores emblemáticos de la tradición literaria venezolana como Teresa de la Parra, Ramos Sucre, Uslar, Adriano González o Rufino Blanco Fombona.

El recibimiento inicial por parte de –entre otros– José Esteban, José Miguel Jaubert y Anelio Rodríguez junto al querido Armas Marcelo y la entrañable Elsa López, convirtió el homenaje a Jerónimo Saavedra en un primer espacio de acogida para

los participantes en este encuentro con la palabra y el quehacer del libro y la lectura en esa tierra canaria tan cercana. La secuencia programática delineada por Nicolás Melini dio paso las intervenciones de Balza, Ana Teresa Torres e Igor Barreto después de un saludo de Rafael Cadenas en el que reivindicaba, una vez más, que *el lenguaje no solo le da su rasgo más indisoluble al hombre: también lo configura*.

Los temas en torno las vertientes de la escritura, sus géneros, edición y difusión orbitaban ya desde ese momento. Las perspectivas sobre la preeminencia o no de un género sobre otro, la condición intelectual que define la poesía, la bifurcación de la narrativa, la dificultad de editar en Venezuela y el trabajo titánico de las editoriales que insisten y persisten dieron pie a reflexiones de los participantes y dejaron abiertas líneas de investigación, que vale la pena tener en cuenta.

Al propiciar el encuentro literario de escritores canarios y sus voces con los venezolanos que nos quedamos en el país y los de la diáspora de varias generaciones de escritores – hoy muchos de ellos reconocidos con premios importantes– hicieron posible un cruce de mirada desde las dos orillas para abordar y reflexionar en torno a un quehacer literario que mantiene el impulso de la energía creadora en expansión de una tradición literaria que –hoy por hoy– no se define solo desde los límites de un país.

Michelle Roche Rodríguez
Una vida, las vidas: Ristra de poemas

Escasos ocho minutos usó Yolanda Pantin para sintetizar su obra el último día del Festival Hispanoamericano de Escritores en La Palma, durante el recital coral que tejía las voces de poetas venezolanos y españoles en homenaje a Elsa López. Pantin leyó seis poemas publicados entre 1993 y 2021 sin título ni pausa entre ellos, en un vaivén que iba de lo privado a lo público. Surgieron así las marcas indelebles de su literatura: la voz donde lo colectivo se vuelve íntimo y lo íntimo, colectivo; la palabra empeñada en señalar las imposibilidades del lenguaje y la absoluta ausencia de retórica. Surgieron como testimonio de una profesión de fe por la poesía y como testimonio de una colectividad que persevera.

En cuanto dijo “Miro el retrato donde no me reconozco”, el verso inicial de “Darregotipo de una desconocida” –título que no pronunció del poema en *Los bajos sentimientos*– comenzó a extenderse entre los convocados a la Plaza España de Los Llanos de Aridane la sensación de asistir a una liturgia. Una liturgia sin misa ni dios, para la que no era necesario entrar a la adyacente Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios. El comienzo de la segunda estrofa de “El hueso pélvico” –“Voy al centro del país peyorativo”– vino enseguida. Luego apareció, sin anuncio, el hermano que es testigo del disparo al ciervo, –“Yo alcé el ar-



MICHELLE ROCHE/EDITORIAL ANAGRAMA

ma que llevaba / y apunté entre los cuernos”– y que presencia también la confesión de la persona presa de la violencia arbitraria: “he matado sin deseo”. Como toda liturgia, aquella tuvo también su “Epifanía”. Ocurrió cuando la poeta levantó la mirada y alcanzó a ver, en pleno mediodía canario, a la palidez abandonar los muros e intuyó, “junto a la oscuridad que se avenía”, lo más terrible: “sucedió en la única persona que éramos, / la negación de todo, / salvo del instante”. Fue entonces, minutos antes de que hiciera silen-

cio, y terminara el recital, después de una campanada furtiva que ni interrumpir el momento pudo, cuando comprendí qué mandato tan terrible el de una mujer cuando se sabe escogida para hablar por un pueblo.

Casi desnuda, la palabra de Pantin, eludió la vulgar grandilocuencia del petrorianismo imperante en Venezuela. Porque, si es verdad que perdimos un país dentro de nosotros, también es cierto que hay una poeta con el mandato de hablar por nuestros muertos, “los que nacieron a destiempo, sin ánimo / para acusar los golpes”.

Lena Yau
Subo a
La Palma

A mis canutos.

Los tercios malpaíses del origen, leo en *La piedra habitada* de Ricardo Hernández Bravo.

Y también: allí donde la infancia se alongaba.

Volver a La Palma es volver a mi lengua temprana, a los brazos huidizos de mi padre, a sus silencios, a sus aguas.

Veinte años sin ir y pisar el peñas-

co corazón como si siempre hubiera estado.

Tantos círculos como curvas para llegar a El Roque.

¿Cómo cuento / agradezco a La Palma sin desnudarme, apartándome de mí, desde afuera?

¿Cómo se explica que las venas se incendien de pertenencia?

Doble cuna, doble canto: mis países en un mismo punto.

Y la letra escrita y hablada de los mapas y los decires.

Almuerzo de arroz con tunos indios y queso de chamizo e intercambio cuidados magma: sorriba, jable, balango, terral.

Ver a mamá que viajó desde la que fue la octava para gozar del Festival.

Ver a la hermana de papá, mi tía,

reimmigrada, resembrada, revuelta.

Comer frente al mar lapas y papas arrugadas, mirar el barranco, las plataneras, la huella del volcán más joven.

Abrazar, compartir mesa para un barraquito, volvernos a ver después de tanto tiempo, de tanta dispersión, de tanto reguero de páginas aquí y allá.

Escuchar a los poetas y temblar porque sus voces abren pasadizos que son como las galerías de agua que recuerdo.

Yolanda tan inmensa y mía en la vida que fue, en el jardín de Paya, en el corredor, en los juegos, en los árboles en las sombras con un poema hilado de muchos.

Igor el bello, subiéndonos a un

ochomil con su lapicito y un arrullo.

Elsa con habla larga, vigorosa, elástica, sabia.

Cada Ernesto y sus centellas, sus bosques, sus vientos en callejones, sus Héctor Lavoe.

Carmen y su cocodrilo con abanico. Vasco guiñándole el ojo a Marilyn y abrazando.

Adalber y su elegancia, sus cartas de navegación, su picadura dulceácida.

Blanca con versos cuando camina, cuando voltea, cuando mueve su mechón rosa.

Volver a Silda, a Antonio, A Nela, a Ana Teresa, a Yoli, el abrazo por fin con Slavko, descubrir la buenaventura de Alberto Barrera Tyszka, las risas con Carlos, Rodrigo y Michelle, el

compadre y el secreto en su mano, recordar las clases con Francisco Javier y Juan Carlos, admirar en silencio a José Balza y tantos nombres más.

Nicolás y Montaña tan grandes, tan dadores, tan puros, tan ellos.

Volver a mi raíz bifurcada y dársela a mi hijo.

(escucharlo hablar palmero)

Brindar en los ojos de mi canutera casi al completo, mirar a Joaquín y recordar su llanto por dejar Venezuela.

Yo me metía en el monte a llorar, chama. Todavía lloro, chama.

(y todavía no sabes decir chama, Joaquín, pero no importa porque el amor no entiende de acentos)

Jugar como antes con los rabitos de las lagartijas.

TESTIMONIOS >> VI FESTIVAL HISPANOSMERICANO DE ESCRITORES

Slavko Zupcic

Memorias de Okvals Cicpuz, alias Desiderio El Valenciano

1. Pasan frente a mí los escritores que han venido de La Palma. Hablan de la erupción de un volcán y de la forma en que la lava ha modificado la geografía de su isla. Han vivido hace muy poco una situación terrible, pero han logrado sortearla con algo más que decencia: los palmeros son personas perseverantes, emprendedoras y estos que leerán sus textos hoy en el teatro Municipal de Valencia creen fundamentalmente en la literatura.

2. Quien va a un encuentro de escritores ha también de elegir un libro. No es una tarea fácil. Un libro, solo un libro, para que quede su lomo y su lectura como demostración de aquello que se ha hecho durante cinco días. No tiene por qué ser un libro de autor presente, ni siquiera de autor vivo, pero habiendo traído los libreros casi todos los libros de los escritores que han acudido al encuentro, lo más probable es que se trate de uno de ellos.

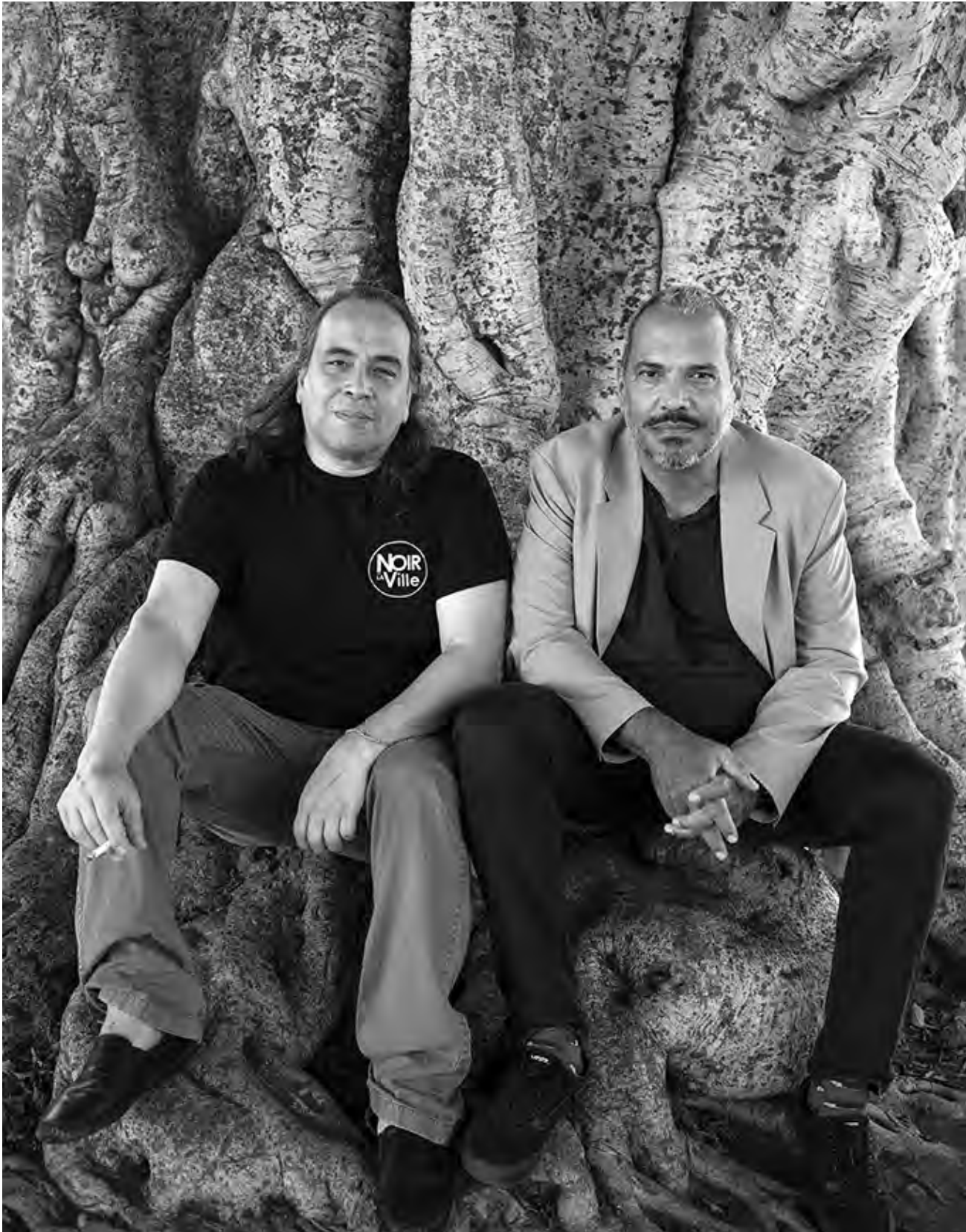
3. Les reciben Igor Barreto, José Balza y Juan Carlos Méndez Guédez. No sé si no veo bien o simplemente estoy muy cansado, pero creo que Igor lleva consigo varias jaulas de gallos que en la medida en que se acerca resultan libros.

4. Quien elige ha de pasar por encima de los afectos, también de los odios. Quien le abraza puede ser autor del libro elegido, pero también quien le ha negado el saludo. Este libro no tiene por qué ser el mejor, tiene que ser simplemente el libro de esta semana, quizá de este mes.

5- Qué bonita Blanca. La saludo rápidamente, sin poder abrazarla como hubiera querido, porque justo detrás de ella vienen Rodrigo Blanco, Juan Carlos Chirinos, Michelle Roche Y Carmen Verde Arocha. Aquí pasa algo que no termino de entender: ¿cómo es posible que yo no vea a esta gente desde hace tanto tiempo? Resulta inquietante. Mucho más si estoy comiendo queso asado en un bar en que toda la vida solo han servido cervezas.

6. Ay, un libro. Para elegirlo quizá hay que comprar veinte. Y leerlos, al menos ojearlos todos. También están los libros que se reciben como regalos y los intercambios. Los lee en la noche y en el día, en la plaza y a veces a escondidas en el bar.

7. Al rato despierto, por una carcaja de Armas Marcelo, y entiendo que no estamos en Valencia ni en Barquismeto. Estamos en La Palma y yo en breve he de acudir al homenaje de Ryukichi Terao, quien ha traducido *Doña Bárbara* al japonés. Se me ponen los pelos de punta de pensar que leerá pa-



JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ Y SLAVKO ZUPCIC / ©LISBETH SALAS

ra todos unas líneas de su traducción en la Plaza de España.

8. Se ha quedado con diez. Entre isleños y terráqueos. Cuatro de poesía, tres de cuentos y dos novelas. También uno difícil de encasillar, ¿degenerado? Lee y lee. No más tiene que ser uno, pero por qué. ¿Por qué no puede quedarse con los diez de esta criba y decidir

luego en cinco o siete años? “Porque no”, parece decirle Adalber Salas Hernández, sentado frente a él durante la comida.

9. Luego le mandaré a mi tía los plátanos secos que compré en el mercado. Se ponen a secar durante veintitún días, me ha dicho la mujer. Y, al despedirme, les daré un libro a Francisco y su espo-

sa a cambio de tres marcapáginas. Nos dimos todo lo que nos quedaba, incluso la promesa de volver.

10. Finalmente elige uno antes de subir al avión de vuelta. Cada vez que su mirada topa con el lomo del libro escogido no puede evitar conmovirse: en él está compendiado todo el llanto contenido a lo largo de la semana.

Yolanda Pantin

Leer las señales

En algunas de las mesas de discusión que se dieron durante el desarrollo del Festival de Escritores Hispanoamericanos en La palma, pude reconocer las marcas o las heridas que nos han ido dejando a los venezolanos estas casi tres décadas. Para un grupo de escritores de mi país, el paraíso que conocieron es ahora el infierno. Cuando esa percepción se manifiesta, de inmediato pienso en mi madre, en mis hermanos, en mis hijos, en mi nieta, en mis amigos. Entonces, escucho una voz: “La separación estaba sobre la mesa, entre la taza de café y el vaso de limonada”. Con el primer verso del “Poema sin título” de Nazim Hikmet veo encenderse la luz que advierte una *fuga* o abrirse una fisura que, si no la atendemos, terminará separando a los que nos sentábamos juntos a la sombra de los Laureles de Indias en Los llanos de Aridane.

Las *antenas* de las que bromeaba con Adalber Salas, y que imaginaba como tentáculos cubiertos por una pelusa hipersensible, comienzan a moverse encima de nuestras cabezas. Antenas que buscan señales sobre la tierra como los grandes telescopios buscan señales en el cosmos. Encuentro la conexión perdida. Por su naturaleza, los pinos canarios son capaces de resistir a las peores catástrofes: incendios, ríos de lava..., pero en las orillas del océano, subiendo por las laderas, veo cientos de terrazas sembradas de plátanos y a las nubes que empujan los alisios, descansar en la Caldera de Taburiente.

De dónde viene el agua con la que riegan todo esto, pregunto como lo haría cualquier persona *pegada a la tierra*. Lo verde nace de un esfuerzo descomunal, escribe Ricardo Hernández Bravo en un pequeño libro único que me obsequió al despedirnos*. El poeta palmero me acerca al *malpaís* que dejó la erupción del Tajogaite en 2021. Ante los parajes yermos de las coladas, escucho la lección que entiendo desde mi experiencia en Venezuela.

Al festival fuimos varios de los que hacemos vida en el país, y es obvio que nuestra percepción de la realidad es diferente a la percepción de los que tomaron la decisión de irse. Estas diferencias con todos sus matices deben ser exploradas y comprendidas a la hora de analizar las posibles rutas que puede tomar la producción literaria de los venezolanos.

**Vivir sobre el volcán*. Ricardo Hernández Bravo y Coriolano González Montañez. La Gallofa Cartonera, Isla de la Palma, 2022.

La odisea de “La Elvira”: cuando los españoles emigraban a Venezuela

El que sigue es un fragmento del reportaje publicado el 14 de abril de 2018, en NuevaTribuna.es. Habla de las adversidades y peligros que sufrían los emigrantes canarios que cruzaban el Atlántico para llegar a la tierra de promesas que era Venezuela

CARLOS SUASNAVAS

Esta historia empieza en la Semana Santa de 1949, cuando un centenar de personas se escabulleron por el muelle de Las Palmas y embarcaron en varias canoas. En su mayoría eran campesinos de Gran Canaria, que en ese tiempo y con suerte habían podido vender sus tierras y animales, y algunos hasta se habían endeudado con sus familiares para poder pagar las 4.000 pesetas que costaba el viaje. “La Elvira” era una embarcación tipo goleta que el tinerfeño Ramón Redondo había comprado un mes antes por el precio de 250.000 pesetas. Se trataba de una goleta muy vieja que había pasado por varias manos, en su mayoría pescadores de la costa de África, y según decían, su construcción databa de hace más de 90 años. Era una embarcación centenaria.

Las canoas se dirigieron con los inmigrantes hacia la isla cercana de Fuerteventura, que es donde se hallaba anclada “La Elvira”, y apenas acababan de abordarla, cuando escucharon gritos y disparos provenientes de una lancha de la guardia civil. El capitán de “La Elvira” decidió no detenerse y desplegar las velas, era ahora o nunca. Gracias a esa maniobra temeraria del capitán, el grupo de españoles pudo seguir su travesía. Las provisiones del barco consistían en patatas, garbanzos y gofio, que es una harina de cereal típica de las islas Canarias. Al amanecer, el dueño de la embarcación pasó lista y dio las primeras instrucciones en cubierta: “Somos 85 hombres, 11 marineros, 10 mujeres y una niña de 4 años. Las mujeres dormirán en los camarotes de popa y los hombres en la bodega. Traten de tener un puesto fijo para



no andar con peleas. Solo hay 20 platos y 20 cucharas”. Los primeros problemas empezaron a darse nada más al salir de las islas, ya que Antonio Rodríguez, alias “El Puro”, fue el capitán encargado de sacar el barco de las islas, pero luego debía transferirle el mando a Antonio Cruz Elórtogui, quien demasiado tarde confesó: “Yo solo soy un perseguido político vasco. No tenía dinero, y ofrecerme como capitán era la única forma de embarcar”. Obviamente cundió el pánico y la conmoción fue general, al punto que intentaron lincharlo, pero los cinco ayudantes de cubierta lo evitaron. “El Puro”, apodado así por su excesiva afición al tabaco, fue enfático y les dijo que “debían volver inmediatamente a

Canarias”, pero un pasajero llamado Regino Camacho armó un motín y con pistola en mano, le persuadió a que se hiciera cargo de la nave. Camacho era un exconvicto con antecedentes criminales, pero según los testimonios que recoge el libro de Gonzalo Morales, titulado *Fugados en velero*, este no era el único homicida, ni esa era la única arma que viajaba a bordo. “El Puro” decidió navegar de frente hacia la salida del sol y solo utilizaba el reloj del dueño de la nave, Ramón Redondo, que por ser muy exacto usaban a modo de cronómetro y cada día miraban la hora al llegar el sol a su máxima altura para saber cuánto había avanzado ese día. Los pasajeros tuvieron que acostumbrarse a comer las patatas que se pudrieron debido a la humedad y los garbanzos que habían estado embodegados desde hacía tiempo con gorgojo. El agua estaba estrictamente racionada a un vaso diario por persona. Muchos nunca se acostumbraron a los mareos propios de la navegación. Como todos dormían en una gran bodega, siempre se levantaban mojados por los vómitos de sus compañeros, dormían unos encima de otros y se turnaban para que unos estuvieran en cubierta del barco y otros abajo, pues no cabían todos. En medio del Atlántico una tormen-

ta estuvo a punto de hundirlos, pero la nave logró soportar el temporal. Eso sí, sufrió varios daños, de los cuales el más importante fue la ruptura del timón que fue arreglado por “El Puro”. Habían navegado ya más de un mes y la moral de los inmigrantes estaba por los suelos, no sabían si su improvisado capitán alguna vez divisaría tierra o morirían en el mar, de hecho, el lugar al que arribaran ahora era lo de menos, lo que todos querían era desembarcar. Descorazonados y para no deshidratarse, ya casi nadie subía a cubierta, pasaban casi todo el día en la bodega, donde solo cabían tumbados y apretados como sardinas en lata. Hacían sus necesidades tras unos tablones. Vomitaban unos sobre otros y pronto se llenaron de piojos. El ácido de los vómitos y el salitre del mar desgastaron sus ropas que pronto se convertirían en harapos. Con aquellos jirones, las mujeres hicieron compresas cuando se les presentó la regla. Al amanecer del 22 de mayo, tras 36 días de viaje, alcanzaron el puerto de Carúpano, en Venezuela. Al llegar a la costa, famélicos, tras 36 días de calamidades, se lanzaron sobre una fruta extraña que olía a trementina y que pensaron que era venenosa, pero pudo más el hambre que el miedo a morir. Tuvieron suerte, esas frutas eran mangos. ☺